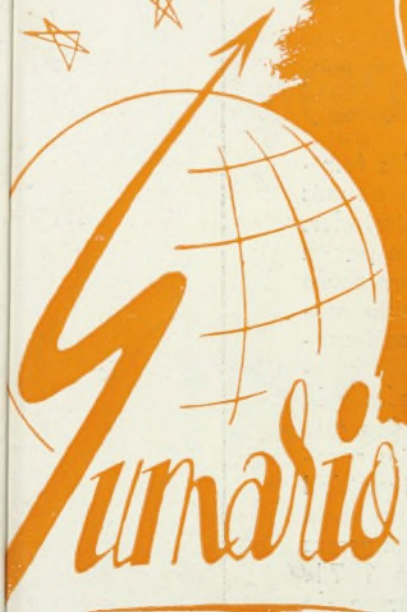
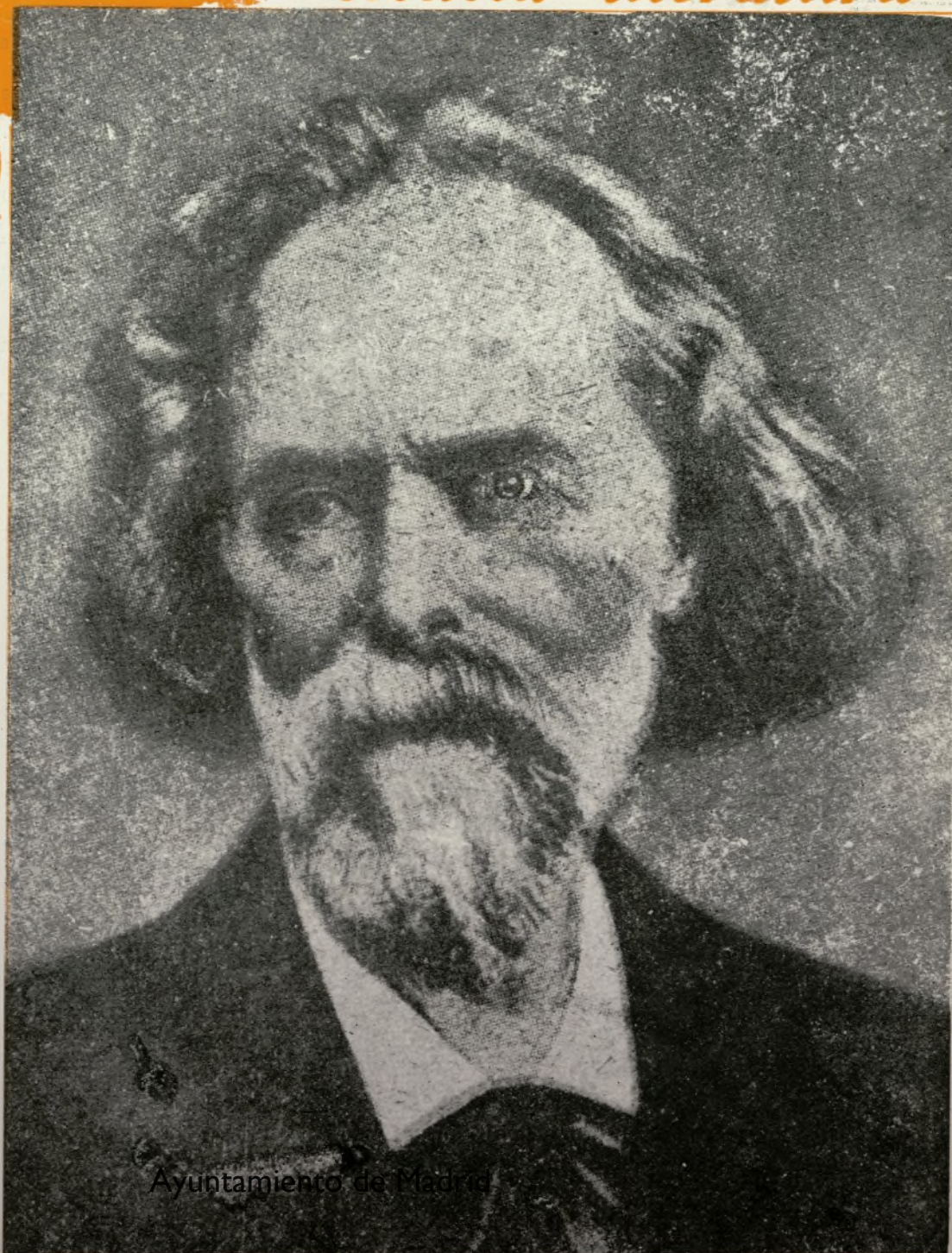


# CENIT

— sociología —  
ciencia — literatura



Vladimir Muñoz: Thoreau, amigo de las marmotas y enemigo del Estado.—André Prunier: ¿Marxismo o anarquismo?—Mariano Viñuales: La vida y los libros. Los personajes de Paulino Masip.—Puyol: Ráfagas.—Hem Day: Han Ryner. Panegrico.—Dr. Pedro Vallina: Los locos por su culpa. Hashish o marihuana.—S. Vergine: Tres mil años de terror militar. — Herbert Read: La Educación del hombre.—José Borraz: Estampas de la vida vecinal española. Un ejemplo: Monegrillo.—U. Fedeli: Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana.—Fritz Brupbacher: Marx y Bakunin (folletón encuadernable).



Ayuntamiento de Madrid

SEPTIEMBRE  
1954

# 45

Revista Mensual

PRECIO: 80 FR.S.



## NUESTRA PORTADA

### ÉLISEO RECLUS (1830-1905)

Vástago de una ilustre familia de sabios. Constituye una de las familias más relevantes del romántico siglo XIX. Se da en él la síntesis más acabada del hombre evolucionado. Fué investigador, poeta, historiador, sociólogo, humanista y revolucionario en una pieza. Su devoción por la geografía llevóle al estudio del hombre y viceversa. Estaba convencido de que no se puede comprender al hombre fuera de su medio ambiente. Para Reclus ambas realidades son inseparables; como es imposible el estudio de la historia sin un conocimiento acabado de la geografía. El medio, según él, es al hombre lo que la geografía a la historia y el espacio al tiempo. El ejemplo de Reclus nos muestra que toda sabiduría verdadera debe conducir al sabio a consecuencias revolucionarias. Su conciencia realizadora le lleva hacia la Universidad Popular de Bruselas, como su alto sentido de la justicia condújole hacia los medios revolucionarios y anarquistas de su época, a los congresos de la Internacional y a las barricadas del París insurgente de 1871.

Elíseo Reclus viajó mucho por Europa y América. A su regreso de Nueva Granada, en 1857, publicó sus primeros trabajos científicos. Fué condenado a destierro después de haber estado preso en las ergástulas militares de la reacción revanchista por su participación en la Comuna, y desterrado en el extranjero empezó a escribir su voluminosa Geografía Universal. Su obra cumbre es «El hombre y la tierra». Nació en Sainte-Foy-la-Grande (Gironde) y murió en Thourout (Flandes occidental). Muestra señera de esta familia de sabios son los hermanos de Elíseo: Elías, Onésimo y Pablo; los dos primeros fueron sus colaboradores.

### CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA  
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José  
Peirats, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny,  
4, rue Belfort, TOULOUSE  
(Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 % de descuento  
a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire.  
C.C.P. 11-97-21, 4, rue Belfort,  
TOULOUSE (Haute-Garonne).



# THOREAU

## amigo de las marmotas

## y enemigo del Estado



UNA de las personalidades más puras y cautivantes que existen en el campo del libre pensamiento es Henry David Thoreau, del que Emerson lamentara que «no hubiera vivido lo bastante para que llegaran a conocerlo todos los hombres». Pues, aseveraba el filósofo de Nueva Inglaterra «fué una injusticia el que haya tenido que dejar inconclusa su tarea, que ningún otro puede llevar a término. En una breve vida agotó las posibilidades de este mundo. Donde quiera que haya saber, virtud y belleza, encontrará él un hogar.»

Thoreau, nació en Concord (Massachusetts), Nueva Inglaterra, el día 12 de julio de 1817 y feneció en el mismo lugar el día 6 de mayo de 1862. Estudió en Harvard (Boston) e hizo un admirable ensayo de vida al margen del autoritarismo en su pueblo natal, relatado por él en su obra **Walden o la vida en los bosques**. Escribió libros admirables como **Vida sin principios**, **Una semana en los ríos Concord y Merrimack**, **Desobediencia civil** y todo un extenso diario, compuesto de numerosos volúmenes.

Amante de la vida natural en toda su intensidad, describió la bioestética natural como nadie y dejó páginas admirables en este sentido. Fué maestro de escuela en su villorio natal, que constaba a la sazón de unas dos mil almas; fabricante artesano de lápices y agrimensor. Alternó con el círculo de los trascendentalistas con sede en Concord, cuya figura principal era Emerson, y por cuyas actividades literario-filosóficas se denominaba a Concord «la Atenas de América». Cabe decir, que en filosofía pura no ha existido lugar más culto en América que el Concord de entonces. Pero Thoreau no intimó mucho con

el círculo, pues entendía que «había que vivir la vida hasta donde se pudiese, y no disertar o escribir sobre el modo más o menos bueno de vivir la vida».

Thoreau fué incomprendido por los vecinos de Concord, espíritus sin brillo y rutinarios, como ocurre con todos los originales que no siguen cual las recuas gregarias todos los caminos trillados. Thoreau fué incomprendido aun por los pretendidos espíritus cultos de su época. Época de febrilidad, de obsesiones ilimitadas hacia la ilusión del vellocino de oro, hacia ese «far west» americano por el cual se canalizaba toda la juventud de entonces. Thoreau, entendía que el oro es una de las más grandes miserias y prefería cultivar tranquilo su huerta de Walden.

De ahí la gran oposición suya al crecimiento industrialista del país en donde había nacido, vaticinando que en su día los «hombres serían instrumentos de sus propios instrumentos».

Henry David Thoreau, narra un crítico de lengua hispana, «fué un autor que puso su vigorosa y magnífica prosa al servicio de magistrales descripciones de la naturaleza. Thoreau atrae como hombre. En las páginas de su obra surge, sugestivo en la múltiples facetas de su personalidad interesantísima, un individualista empeñado en vivir a su manera, un amante de la naturaleza y enamorado de la soledad, al que se le planteó el problema de llevar una vida adecuada a su modo de ser sin perder tiempo ni energía en la tarea de procurarse su sustento y que supo resolverlo tras muchas dificultades y zozobras. Pero no fué Thoreau un individualista replegado por entero en sí mismo, sino que, llegado el momento, se alzó valientemente en defensa de los fueros humanos y la integridad moral del hombre y haciendo



## NUESTRA PORTADA

### ÉLISEO RECLUS (1830-1905)

Vástago de una ilustre familia de sabios. Constituye una de las familias más relevantes del romántico siglo XIX. Se da en él la síntesis más acabada del hombre evolucionado. Fué investigador, poeta, historiador, sociólogo, humanista y revolucionario en una pieza. Su devoción por la geografía llevóle al estudio del hombre y viceversa. Estaba convencido de que no se puede comprender al hombre fuera de su medio ambiente. Para Reclus ambas realidades son inseparables; como es imposible el estudio de la historia sin un conocimiento acabado de la geografía. El medio, según él, es al hombre lo que la geografía a la historia y el espacio al tiempo. El ejemplo de Reclus nos muestra que toda sabiduría verdadera debe conducir al sabio a consecuencias revolucionarias. Su conciencia realizadora le lleva hacia la Universidad Popular de Bruselas, como su alto sentido de la justicia condujole hacia los medios revolucionarios y anarquistas de su época, a los congresos de la Internacional y a las barricadas del París insurgente de 1871.

Eliseo Reclus viajó mucho por Europa y América. A su regreso de Nueva Granada, en 1857, publicó sus primeros trabajos científicos. Fué condenado a destierro después de haber estado preso en las ergástulas militares de la reacción revanchista por su participación en la Comuna, y desterrado en el extranjero empezó a escribir su voluminosa Geografía Universal. Su obra cumbre es «El hombre y la tierra». Nació en Sainte-Foy-la-Grande (Gironde) y murió en Thourout (Flandes occidental). Muestra señera de esta familia de sabios son los hermanos de Eliseo: Elías, Onésimo y Pablo; los dos primeros fueron sus colaboradores.

### CENIT

REVISTA MENSUAL  
DE SOCIOLOGÍA, CIENCIA  
Y LITERATURA

Comisión de Redacción: José  
Peirats, Federica Montseny.

Administrador: F. Montseny,  
4, rue Belfort, TOULOUSE  
(Haute-Garonne).

Precios de suscripción: Fran-  
cia, 204 francos trimestre; Exte-  
rior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Paqueteros, 15 % de descuento  
a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire.  
C.C.P. 11-97-21, 4, rue Belfort,  
TOULOUSE (Haute-Garonne).



# THOREAU

## amigo de las marmotas

## y enemigo del Estado



UNA de las personalidades más puras y cautivantes que existen en el campo del libre pensamiento es Henry David Thoreau, del que Emerson lamentara que «no hubiera vivido lo bastante para que llegaran a conocerlo todos los hombres». Pues, aseveraba el filósofo de Nueva Inglaterra «fué una injusticia el que haya tenido que dejar inconclusa su tarea, que ningún otro puede llevar a término. En una breve vida agotó las posibilidades de este mundo. Donde quiera que haya saber, virtud y belleza, encontrará él un hogar.»

Thoreau, nació en Concord (Massachussets), Nueva Inglaterra, el día 12 de julio de 1817 y feneció en el mismo lugar el día 6 de mayo de 1862. Estudió en Harvard (Boston) e hizo un admirable ensayo de vida al margen del autoritarismo en su pueblo natal, relatado por él en su obra **Walden o la vida en los bosques**. Escribió libros admirables como **Vida sin principios**, **Una semana en los ríos Concord y Merrimack**, **Desobediencia civil** y todo un extenso diario, compuesto de numerosos volúmenes.

Amante de la vida natural en toda su intensidad, describió la bioestética natural como nadie y dejó páginas admirables en este sentido. Fué maestro de escuela en su villorio natal, que constaba a la sazón de unas dos mil almas; fabricante artesano de lápices y agrimensor. Alternó con el círculo de los trascendentalistas con sede en Concord, cuya figura principal era Emerson, y por cuyas actividades literario-filosóficas se denominaba a Concord «la Atenas de América». Cabe decir, que en filosofía pura no ha existido lugar más culto en América que el Concord de entonces. Pero Thoreau no intimó mucho con

el círculo, pues entendía que «había que vivir la vida hasta donde se pudiese, y no disertar o escribir sobre el modo más o menos bueno de vivir la vida».

Thoreau fué incomprendido por los vecinos de Concord, espíritus sin brillo y rutinarios, como ocurre con todos los originales que no siguen cual las recuas gregarias todos los caminos trillados. Thoreau fué incomprendido aun por los pretendidos espíritus cultos de su época. Epoca de febrilidad, de obsesiones ilimitadas hacia la ilusión del vellocino de oro, hacia ese «far west» americano por el cual se canalizaba toda la juventud de entonces. Thoreau, entendía que el oro es una de las más grandes miserias y prefería cultivar tranquilo su huerta de Walden.

De ahí la gran oposición suya al crecimiento industrialista del país en donde había nacido, vaticinando que en su día los «hombres serían instrumentos de sus propios instrumentos».

Henry David Thoreau, narra un crítico de lengua hispana, «fué un autor que puso su vigorosa y magnífica prosa al servicio de magistrales descripciones de la naturaleza. Thoreau atrae como hombre. En las páginas de su obra surge, sugestivo en la múltiples facetas de su personalidad interesantísima, un individualista empeñado en vivir a su manera, un amante de la naturaleza y enamorado de la soledad, al que se le planteó el problema de llevar una vida adecuada a su modo de ser sin perder tiempo ni energía en la tarea de procurarse su sustento y que supo resolverlo tras muchas dificultades y zozobras. Pero no fué Thoreau un individualista replegado por entero en sí mismo, sino que, llegado el momento, se alzó valientemente en defensa de los fueros humanos y la integridad moral del hombre y haciendo



gala de una magnífica visión profética denunció los peligros inherentes a la evolución de la sociedad norteamericana».

Pero donde Thoreau, escribe un crítico norteamericano «está de más candente actualidad» es en sus nociones de independencia individual. Esta se halla hoy amenazada por todos lados. En una sociedad como la nuestra, asentada en una tecnología intrincada que debe ser mantenida en funcionamiento, los principios abstractos del individualismo tal vez correspondan a una verdad abstracta. Su contribución más importante a nuestro pensamiento es una definición categórica de los valores del individuo que debe y puede preservar, aun frente a la presión de la sociedad mecanizada o el Estado totalitario. Alzóse Thoreau por sí mismo en su suelo de Concord. Su actitud gallarda acaso se le antoje al pesimista nada más que la obstinación de quien tuvo la buena suerte de haber nacido en un siglo en que se respetaban aún los fueros humanos. Mas su obstinación misma es su mensaje al futuro. Si los fueros humanos han de ser preservados para el ciudadano, alguien ha de ser obstinado, y hoy más que nunca. Ningún individuo resuelto a salvaguardar la esencia de la libertad, puede permitirse el lujo de ignorar esta arma con que hacer frente a la tiranía del Estado.

\*\*\*

Para Thoreau «el mal que adolece nuestra civilización no está tan sólo, como muchos creen, en el hecho de que los productos de la industria están mal distribuidos o que la industria está dirigida en forma despótica o que su desenvolvimiento se halla interrumpido por controversias enconadas. Es que la industria misma ha llegado a ocupar entre los intereses humanos una posición de predominio exclusivo que ningún interés individual y menos la provisión de los medios materiales de subsistencia, se presta para detentar. Como un hipocondriaco tan absorto en los procesos de su propia digestión que baja a la tumba antes de haber comenzado a vivir, las comunidades industrializadas pasan por alto los objetivos mismos por los que vale la pena acumular riqueza a causa de su preocupación frenética, por los medios de acumulación de riqueza».

Thoreau pronto se dió cuenta de que el Estado es el obstáculo más grande para el desenvolvimiento de la libertad individual. Es decir, la inmensa legión de lacayos entronizados en esa institución sanguiñaria. Y la no menos inmensa legión de eunucos que reconocen al ídolo sangriento. «La mayoría de los hombres sirven al Estado —afirma Thoreau—, no como seres humanos, sino como máquinas con sus cuerpos. Son los ejércitos permanentes, las milicias, los carceleros, la policía, etc.... Y los seres humanos se colocan así por sí mismos al nivel de la madera, de la tierra y de la piedra; y podrán producir hombres de palo tal vez algún día para llenar ese cometido, tan bien como los de carne y hueso. Por eso no exigen más respecto que los espantapájaros o un terrón cualquiera de la calle. Tienen el mismo valor que los caballos y los perros. Sin embargo, son comunmente estimados como buenos ciudadanos.

Otros, como la mayoría de los legisladores, de los políticos, de los jurisconsultos, de los ministros y demás funcionarios, sirven al Estado principalmente con sus cabezas; y como raramente hacen algunas distinciones morales, son tan apropiados para servir al diablo como a Dios. Pero un sabio sólo será útil como hombre, y no se someterá a ser «arcilla» y «a cerrar un agujero para tapar el viento», sino que dejará esa tarea a su polvo al menos. He nacido demasiado alto para ser objeto de propiedad, para ser un motivo secundario de control o para ser servidor útil e instrumento de un Estado soberano en el mundo.»

«Reconozco de todo corazón —continúa Thoreau— el lema: **El mejor gobierno es el que gobierna menos;** y sólo desearía verle obrar rápida y sistemáticamente en este sentido. Llevado a la práctica, ese principio conduce a otro en el que también creo: **el mejor gobierno es el que no gobierna en modo alguno;** y si los hombres están preparados para ello, esa será la forma de gobierno que tendrán. El gobierno es, en el mejor de los casos, una inconveniencia; pero la mayoría de los gobiernos son habitualmente, y todos los gobiernos lo son algunas veces, inconvenientes».

Y sigue afirmando: «...¿No es posible que un individuo tenga razón y un gobierno se equivoque? ¿Han de ser impuestas las leyes simplemente porque han sido redactadas? ¿O ha de declararlas buenas un número de personas, si no son buenas? ¿Existe una necesidad de que un hombre sea un instrumento destinado a llevar a cabo un acto que en lo íntimo de su ser desaprueba? ¿Se proponen los que hacen las leyes que los hombres **buenos** han de ser ahorcados siempre?».

Por eso Thoreau se afirma en su concepto de la independencia individual. «Si he de ser ave de paso, prefiero serlo de los arroyos de la montaña, de las corrientes parnasianas y no de los desagües de las ciudades. Allí hay inspiración, rumor que llega al oído atento desde las cortes celestiales. El mismo oído está acondicionado para recibir ambas comunicaciones. Solamente el carácter del oyente determina a cual debe estar abierto y a cual ha de estar cerrado. Creo que el espíritu puede ser permanentemente profanado por el hábito de escuchar las cosas triviales, de tal manera que todos nuestros pensamientos aparezcan como manchados de trivialidad. Nuestro verdadero intelecto será mecanizado, sus conocimientos rotos en fragmentos por las ruedas que pasan por él; y si queréis saber qué es lo que forma el pavimento más duradero, superior a los cantos rodados, a los bloques bien ajustados y al asfalto, sólo tendréis que mirar a algunos de nuestros espíritus que han sido sometidos tanto tiempo a ese tratamiento.»

\*\*\*

Thoreau se evade de la atmósfera pestilente que representa para él la idiosincracia gregaria y servil de los hombres de su tiempo, y se va a vivir su concepto libre de la vida. Pero no escribe tratados de como vivirla, sino que la vive con toda humildad.



**«Mi vida ha sido el poema que hubiera escrito;  
Mas vivir y expresarlo viviendo no he podido.»**

O mejor aún: «Existe en todo momento un poema no impreso en papel... estereotipado en la vida del poeta. Es lo que éste ha llegado a ser a través de su obra. La cuestión no es como está expresada la idea... sino hasta qué punto ha adquirido forma y expresión en la vida del artista.»

Thoreau demostró en Walden que un hombre puede vivir fácilmente con poco esfuerzo. Es un mito y una maldición bíblica el que el hombre deba penar y sudar constantemente para ganarse el mendrugo. Por eso Thoreau no tenía compasión de los poetas de buhardilla que lloriquean su miseria en espera del socorro de algún Mecenas. Para ser libre hay que liberarse de las cosas que esclavizan a los hombres. Si tenemos que trabajar una hora esclavizados para comprarnos una corbata, Thoreau prefería disponer libremente de esa hora que adornarse el cuello con tal trapo. «Este mundo singular en que habitamos es más maravilloso de lo que conviene, es más hermoso que útil; se presta para ser admirado y disfrutado más que utilizado. El orden de las cosas debiera ser invertido; el séptimo día debiera ser el día de trabajo del hombre, en que ganase el pan con el sudor de su frente, y los otros seis su sábado dedicado a las emociones y al alma, para recorrer este vasto jardín y embeberse en las influencias suaves y revelaciones sublimes de la naturaleza.»

Y Thoreau vivió así. Con una cabaña y una hectárea de terreno, trabajando un mes al año, producía lo suficiente para sustentarse y sustentar aún a algunos seres. El demás tiempo era para el estudio, la meditación, los paseos, la contemplación de la bioestética natural. Ninguna mujer se avino a convivir semejante vida, de extrema pobreza material y de intensa riqueza espiritual. Y es así como Thoreau no se «casó» nunca, entendiéndolo que por encima de las sensualistas miserias del sexo y de la carne, está la Idea. Y siempre existirá una unión soportable entre un hombre y una mujer, cuando se base en las afinidades espirituales y no en la indigencia de la carne...

Espigando a través de la vasta obra de Thoreau, a guisa de ilustración sobre su amor hacia la naturaleza, transcribo este párrafo:

«...Ahora añoro uno de esos viejos, sinuosos, polvorientos y desiertos caminos que salen de los pueblos, nos alejan de la tentación y nos conducen tierra afuera, sobre su costra más externa; donde uno puede olvidar el país que está recorriendo, donde ningún hortelano puede quejarse de que arruine el pasto ni caballero recién establecido en el campo de que haya penetrado en su propiedad; por el cual uno puede marcharse antes del alba y decir adiós al pueblo; que uno puede recorrer como un peregrino, sin rumbo fijo; donde uno se tropieza con poca gente; donde mi espíritu es libre; donde no importan las tapias y las cercas; donde la cabeza está en mayor grado en el cielo que los pies en la tierra; donde hay largos trechos que permiten divisar a media milla de distancia al que marcha en dirección contraria y prepararse para el encuentro; tierra no tan exuberante como para atraer a la gente; donde hay unas cuan-

tas cercas de raíces que no es preciso reparar; donde la gente no tiene oportunidad para detener el paso, sino que sigue de largo y lo deja a uno o solas con sus pensamientos; donde lo mismo da esta dirección que aquella y no importa que uno se vaya o venga, que sea de mañana o de noche, mediodía o medianoche; donde la tierra es barata por ser pública; donde uno puede caminar y pensar sin obstáculo alguno, sin que haya nada susceptible de medir el avance; donde uno puede ir de un lado para otro cuando su pecho está que estalla y ceder a sus antojos; donde uno no está en relaciones falsas con las gentes, no come ni conversa con ellas; por el cual uno puede ir hasta el confín del mundo. Es un camino suficientemente ancho; ancho como los pensamientos que invita... Un camino por el cual no desfilan ni silban gansos, sino que tan solo lo sobrevuelan de vez en cuando, en lo alto, sus hermanos silvestres; encima del cual trinan la moscareta y la golondrina, y el gorrión cantor gorjea posado en las cercas; donde la pequeña mariposa roja se mece sin temor en la milenrama y ningún muchacho la acecha para aprisionarla con su sombrero. Allí puedo caminar y vagar y correr a mis anchas... Donde el poste indicador de los caminos está derribado y señala significativamente la dirección del cielo...»

\*\*\*

De Thoreau se inspiró Gandhi y también Tolstoi. Y se inspirarán en todos los tiempos los seres libres que entienden vivir a su manera, en una sociedad cada vez más esclavócrata. Thoreau es el símbolo de la libertad y de la armonía, en una vida pura y sin artificios. Puedan ser estas líneas introductoras hacia el filón inagotable y admirable de su pensamiento...

Vladimir Muñoz

\*\*\*

#### BIBLIOGRAFIA

**Castellano.**—Thoreau: *Un filósofo en los bosques* (Imán, Bs. As.). *Walden* (Colección Austral, Bs. As.). T. Dreiser: *El pensamiento vivo de Thoreau* (Losada, Bs. As.) y H. S. Canby: *Thoreau* (Poseidón, Bs. As.).

**Francés.**—Thoreau: *Walden, Désobeir y Dans les bois* (N.R.F., París). Léon Bazalgette: *Henry Thoreau, sauvage* (Reider, París).

**Inglés.**—*Los escritos de Henry David Thoreau* (20 vols. Boston y Nueva York). *Las obras de H. D. Thoreau* (5 vols. Boston). *La esencia de los diarios de Thoreau* (Boston y Nueva York), etc... Sobre Thoreau: E. Channing: *Thoreau, el poeta naturalista* (Boston). H. S. Salt: *La vida de Henry David Thoreau* (Londres). T. Dreiser: *El pensamiento vivo de Thoreau* (Nueva York). H. S. Canby: *Thoreau* (Nueva York), etc.



# ¿MARXISMO ANARQUISMO?

*Intervención de André PRUNIER, en la Conferencia informativa de la Federación Anarquista Francesa, reconstituida el 15 de marzo de 1954, en París, local de las Sociétés Savantes.*  
 ¿Cómo ve y comprende el marxismo al anarquismo?  
 ¿Cómo el anarquismo ve y comprende al marxismo?  
 ¿Hay conciliación posible entre el marxismo y el anarquismo o reciprocamente?

## ANTECEDENTES



**T**ALES son las tres preguntas que deseo abordar rápidamente. No se trata de un debate académico. Si dedicamos una mirada a la mitad oriental del mundo, podemos ver una serie de países en los cuales el marxismo, en su forma bolchevique-leninista, pudo triunfar. Quedó aplastado el anarquismo tras una corta época de colaboración precaria, que correspondió *grosso modo* a la fase liberal de la revolución popular.

En los países soviéticos, por lo que respecta a hoy, el anarquismo no está muerto (luego veremos por qué), sino reducido al anonimato y privado de todo medio de expresión pública (prensa, reuniones, etc.)

Respecto a países como Francia e Italia, en los que no existe todavía ideología oficial obligatoria, y se enfrentan las expresiones políticas más diversas, la situación es apenas menos trágica. El movimiento obrero (y particularmente la acción sindical) cayó en manos de los políticos de partido, haciendo éstos imponer una ortodoxia y una disciplina que les privan de toda autonomía. Lo mismo ocurre en nuestro país. Por todas partes la relación entre cuadros políticos y minorías anarquistas toma forma de cuarentena o tentativa de absorción, pero la forma peligrosa de esta influencia es la infiltración marxista, contra la que nuestros camaradas no están siempre en guardia.

El ejemplo ruso de 1917-21, el ejemplo español de 1936-1939 y el de ciertas democracias populares donde existen organizaciones anarquistas relativamente influyentes en la época de la liberación, atestiguan que no se trata de un peligro imaginario.

Por lo que respecta a Francia, si resulta tan difícil remontar la corriente, es porque nos hemos dejado sorprender por elementos que suponíamos cerca de nosotros.

Vivimos en régimen democrático. Los conflictos de ideas

alcanzan raramente en el carácter trágico. Pero cuando llega la crisis política, lo que podía pasar por una especie de querrela familiar o discusión de carácter ideológico o técnico, toma con facilidad aspecto de lucha a muerte. Esta lucha empieza en el plan espiritual (donde estamos suficientemente armados), pero no tarda en ser transportada por el adversario al plan de la eficacia policiaca, donde la superioridad del adversario es incontestable.

Dicho lo que antecede, no se trata ya del problema de autodefensa de los anarquistas en la lucha social revolucionaria, o de la solidaridad con nuestros camaradas de países comunistas, deportados a Karaganda y Vorkuta. El problema que abordo, ya que no es *académico*, resulta *teórico*. Se relaciona con dos ideas, a la luz de la historia de dos movimientos y a la luz de la interpretación que trazan recíprocamente de su fisonomía y de su historia.

Así, pues, dejo de momento a un lado el hecho de que la mayor parte de los anarquistas exterminados o presos fuera de los países de terror fascista y clerical y a veces en estos mismos países, fueron exterminados o privados de libertad por marxistas-leninistas. Este hecho, por significativo que sea, no prueba necesariamente que haya antinomia irreductible entre principios, concepciones y métodos. Después de todo, los comunistas son los mayores cazadores de comunistas, los más encarnizados calumniadores carceleros y exterminadores de comunistas del mundo; y sin embargo, ninguna muralla ideológica, ninguna «barricada de clase», ninguna sería diferencia de métodos o de principios, separó a Stalin de Trotsky, a Gotwald de Slansky, a Malenkov de Beria. Rivales con respecto al poder, los exterminadores que se matan, se parecen como hermanos gemelos.

¿Hay o no diferencias substanciales entre el marxismo y el anarquismo? ¿Qué diferencias son? ¿Consienten o no consienten entre ellos «seguir el mismo camino juntos»? Es exactamente lo que vamos a preguntar a los marxistas mismos.

## LOS ANARQUISTAS EN OPINION DEL MARXISMO

A pesar de los matices democráticos o dictatoriales de las distintas interpretaciones marxistas, existe una sorprendente unanimidad entre los exégetas del *Manifiesto* y del *Capital*, de Marx, en cuanto al anarquismo y a los anarquistas.

Para Guesde, como para Plekhanov, para Martov como para Lenin, para Hyndman, de Leon, Bebel, incluso para Rosa Luxemburgo, el anarquismo se define como desviación o enfermedad del movimiento obrero.

La ortodoxia, la vía infalible y segura, la salud está en el marxismo.



En cuanto a los anarquistas, los más tolerantes de los socialistas llamados «científicos», los consideran como actores de un episodio infantil y pintoresco, característico de poca madurez social en los países rezagados con clases predestinadas a desaparecer: «Aristocracia obrera, pequeña burguesía rural y artesana, residuo de las ciudades, intelectuales fracasados, comerciantes en quiebra». Tal es la «naturaleza de clase» de los anarquistas.

Históricamente, el anarquismo estaba condenado antes de nacer. Encarnaba ilusiones, reacciones sentimentales, desesperación nihilista, actitud conservadora desesperada de las víctimas del capitalismo, víctimas que serán igualmente las del socialismo progresista y centralizador.

Ante el fatalismo histórico o la *comprobación por la fuerza* de los pronósticos marxistas, los vencidos son «gentes simpáticos» o un «residuo criminal», según que se resignen a su suerte o se rebelen contra ella; pero de todas maneras quedan «objetivamente» perjudiciales y contrarrevolucionarios, por su idealismo, por su cinismo, por su precipitación insurreccional o bien por su reformismo no violento. Es lo que se piensa de ellos en el ambiente marxista.

En cuanto a los anarquistas—negadores inveterados de la conquista del poder público, de la papeleta electoral y del sargentismo político en los sindicatos—, son, antes de la toma del poder, los adversarios del principio clasista, de la estrategia de masas y de la utilización política de la huelga; más tarde son los anarquistas como bastones en las ruedas del carro del Estado socialista, oponiéndose al aplastamiento de los hombres. Asimismo son denunciados los anarquistas por boca de jacobinos y marxistas como *gangsters* o, al contrario, como utopistas, tan pronto como provocadores que como pensionistas de la torre de marfil o fugitivos del manicomio, según circunstancias y oportunidades del lugar o del momento, pero siempre resalta la conclusión de que tienen que desaparecer.

Si de camino se dedica algún homenaje a su dinamismo, a su integridad, se emplea un tono como el de Caussidière refiriéndose a Bakunin: «Este hombre es un tesoro el primer día de la revolución y al segundo día hay que fusilarlo»; o como Lenin comentando a su maestro Plekhanov: «El anarquismo es el castigo de los defectos reformistas que tiene la socialdemocracia». Una tumba decente, con una corona de flores rojas, ofrecida como homenaje a los precursores desorientados o a los últimos combatientes tardíos de unas causas perdidas. Todo esto es lo que dicen los más humanos y comprensivos marxistas cuando se prestan a concedernos su ciudad futura. Pero hay muertos que es preciso matar, y el anarquismo es uno de tales muertos con sus rurales hincados en el suelo, con la pequeña empresa individual (tantas veces declarada muerta) con el individualismo irreductible de la mujer y del artesano, del investigador, del preocupado. Obstáculos eternos para la falsa socialización por homogeneidad del rebaño. ¡Cuántas veces Marx y Engels mataron al pseudohermano anarquista, rompiendo a la vez con el alegre grupo de los «liberados» para tenerse por infalibles controladores del pensamiento socialista contemporáneo!

Es preciso leer la carta del joven Marx a Proudhon, o mejor del secretario francés Fernand Gigot para hacerse una idea de las pretensiones del doctor en Derecho en relación con un movimiento de ideas en pleno florecimiento, dominado por las vastas síntesis de Saint-Simon, Fourier, Owen, Pierre Leroux, para citar sólo a los más conocidos entre los profetas de la nueva edad.

Después de proceder por persona interpuesta a un ataque venenoso contra Karl Grün, el amigo alemán y traductor celoso de Proudhon, cuando la obra de éste era ya célebre, propone Marx al autor de «Contradictions économiques», nada menos que constituirle agente local para Francia de un Directorio Socialista Internacional llamado a definir y a imponer una doctrina al mundo del pensamiento y del trabajo; doctrina que Marx trata de imponer por

medio de «control y censura» incluso antes de definirla. La admirable réplica de Proudhon, serena y directa, es la más pura expresión del método opuesto: Poner en común los resultados de las investigaciones y experiencias, sin pretender nunca cerrar problemas ni impedir soluciones.

¿Es que los postulados esenciales del marxismo no estaban todavía establecidos en 1846, cuando Marx se proponía ya disciplinar la revolución mundial desde un Comité Central y castigar las desviaciones? Si, seguro que estaban establecidos... Porque uno de los hechos típicos de la historia del marxismo es que tomó cuerpo como dogma seudocientífico, brutalmente intolerante, antes de todo estudio o conocimiento práctico de las realidades sociales, económicas, políticas y psicológicas que pretendió no sólo dominar sino agotar.

A propósito de ello, los marxólogos más eminentes, desde el gran Franz Mehring hasta mi amigo Maximiliano Rubel están todos de acuerdo en que la finalidad comunista y la teoría del materialismo histórico, la dialéctica de clases y el concepto del valor-trabajo, se combinaron en una Minerva salida con todas las armas del cerebro de Marx antes de profundizar el socialismo, leer a los economistas, analizar la historia de las revoluciones y ponerse en contacto con la clase obrera o el trabajo en general. Hasta entonces, el joven profeta no había practicado otras disciplinas que la especulación abstracta, escolástica, la que extrae del espíritu humano y sólo «a priori» les leyes y el destino del Universo.

## UN MONUMENTO DE INTOLERANCIA

Saturado de filosofía hegeliana, extraño al mundo laborioso, con toda una tradición rabínica de familia sacerdotal judía, Marx, como el niño Jesús en la sinagoga, entró en el movimiento proletario socialista, y no precisamente como aprendiz revolucionario, sino como inquisidor y pontifice *in partibus infidelium*. Su carrera se hizo a base de refutaciones arrogantes y de figuras puestas en la picota. En *La Santa Familia*, desgarró a los hermanos Bauer, los más libertarios de la juventud hegeliana. En la *Ideología alemana*, toca el turno en ochocientas páginas, a Marx Stirner, el individualista anarquista. En *Miseria de la Filosofía*, cae a peso sobre Proudhon y su teoría contractual-mutualista del proletariado, Weitling, el discípulo revolucionario de Fourier-Blanqui, Bakunin y sus discípulos, Ferdinand Lassalle, el naturalista Vogt, los «marxistas» Bebel y Liebknecht, los Communards parisienses, los propios yernos Lafargue y Longuet... Marx no perdona nada y a nadie, en una polémica comprometida contra todo lo que le hace sombra y obstáculo. El propio pensamiento se forma por sus molestias ante lo que piensan los demás. Su obra es una depuración perpetua, una *purga* en sentido soviético del término; sobre Feuerbach, sobre Eugène Dühring, pensadores que en muchos aspectos, es Engels quien ataca. Siempre el dogma nace de la polémica y percute sobre el pensamiento libre.

La obra de Marx, que se considera como aportación más objetiva a la sociología, *El Capital*, es un inmenso montón incompleto donde brillan extraordinarias dotes de satírico y de polemista, como en el *Manifiesto*, *La guerra civil en Francia* y *El 18 Brumario*. Por cierto que si algo pudiera aplastar la herejía, de la cual somos obstinados supervivientes, la pesada y formidable máquina de guerra marxista la hubiera seguramente aplastado.

A decir verdad, si no tuvo lugar el aplastamiento, la asimilación estuvo cerca de realizarse. Desde la Comuna de 1871 hasta la revolución bolchevique, que hizo del marxismo por primera vez religión de Estado en un inmenso imperio, fué un hecho la corrupción de la ideología anarquista por el marxismo. El anarquismo apareció con excesiva frecuencia como subproducto bastardo o vulgarización sumaria



de la teoría marxista; y la teoría infectada de marxismo que prevalece en un buen número de países, explica la posibilidad de renuncia que se produce a favor de la confusión sembrada en parte por la guerra de las democracias, y por otra parte a consecuencia de la guerra civil de la que Lenin y Trotsky se hicieron apologistas. Hubo muchos camaradas que después de aspirar las esencias de la anarquía, adoptaron la dictadura como madrastra del proletariado, presentada como cosa ambigua, resultante de una pretendida y sabia solución transitoria.

Si el concepto marxista, consistente en afirmar que la comprobación de una idea no está en la libre constatación objetiva de su validez por los hombres, considerados éstos individualmente, sino que reside en la posibilidad de llegar a ser axiomática y encerrada en un «slogan» o consigna para suggestionar a las masas y convertirse en fuerza material erizada de bayonetas; si el peso de las determinaciones económico-políticas y del comportamiento y el raciocinio de los hombres fuera todo lo decisivo que supone el materialismo histórico, la máxima de la Tercera Internacional (heredera de la primera, decía la fórmula inicial) hubiera marcado pura y simplemente el fin, tantas veces anunciado, del anarquismo. Si no ocurrió así, se debe a que la vida en general y la del pensamiento en particular, no están sometidas a leyes históricas implacables, sino que son en gran parte resultado de imponderables que no obedecen a ninguna teoría y que triunfan finalmente de todos los sistemas.

Es evidente que tales imponderables se manifestaron en nuestro favor para mantener incluso en circunstancias desfavorables una reacción anarquista vital, que el marxismo es impotente para explicar. Por otra parte, el aparente dilema, tal como se enunciaba en 1917 respecto a la supervivencia del capitalismo burgués o la instauración del socialismo como transición hacia la libertad integral, se reveló como solución de alternativa. El capitalismo burgués—y en ello reside todo lo que la teoría marxista contiene de verdad—queda efectivamente condenado tanto en los hechos como en la conciencia de los hombres; pero la solución marxista no conduce a libertar al asalariado de la servidumbre del salario; lo que hace es conducirlo a una esclavitud nueva, mucho más dura y violenta que en la antigüedad clásica y en la Edad Media, por lo que podríamos desesperar del porvenir de la humanidad si no pudiéramos comprobar multitud de síntomas reveladores opuestos. Entre éstos, la permanencia del anarquismo bajo formas inéditas y profundas en las regiones del globo más concentracionarias, incluso en los campos de trabajo forzado del Océano Glacial Ártico. El régimen bolchevique desterró en completa confusión a sus propios insumisos y los de los Estados satélites. Testimonios como el libro reciente de Weisberg: «L'Accusé», como los artículos de Brigitte Garland, de vuelta hoy en Occidente después de ocho años de destierro en Siberia, nos presentan una admirable supervivencia, tal vez el renacimiento del espíritu anarquista más allá del telón de hierro. Incluso entre gentes que se adhieren al bolchevismo con ardor fanático de neófitos, descubren esa muralla de granito que Proudhon se negaba a edificar; descubren el anarquismo original que resurge en la incapacidad de olvidar ciertos ejemplos, ejecutar ciertos actos o deformar realidades.

Podemos evocar un ejemplo entre mil. De vuelta Gorki en U.R.S.S., confía el secreto de sus desilusiones a un jefe de la G.P.U. porque estaba Gorki en antecedentes del carácter, libertario en otro tiempo, del tal jefe. Este conservó fielmente el depósito confidencial y al fin sucumbió, pero no sin renegar de la traición que él mismo se atribuía como renegado. ¿Y qué no podríamos decir del valeroso sastre judío que en «L'Accusé» planta cara y desafía a todo el aparato represivo oficial, conservando sin miedo su abierta actitud anarquista?

Todo esto confirma lo que sentimos en nuestros corazones y está en el fondo de nuestra creencia. Hay una fe anar-

quista que se reconoce como tal, una fe que está más allá de la ciencia social y que postula la confianza del hombre en la inmortalidad de su libertad.

## EL MARXISMO JUZGADO POR LA LIBERTAD

Así, pues, sin necesidad de demostración cifrada, tenemos la entera convicción (no la certidumbre, porque ésta sería demasiado fácil y cómoda) de que el marxismo se equivocó al interpretar el anarquismo considerándolo fenómeno transitorio. Y creemos igualmente que con su posteridad abominable de totalitarismo y de estatismo integral, el marxismo será fenómeno pasajero, retroceso episódico hacia las épocas más sombrías de la existencia humana.

Hay tres apartados, tres pretensiones que diferencian el marxismo (a sus propios ojos) de las ideologías que él mismo condena. Se atribuye el concepto de ser una *verdadera filosofía de la acción* basada en la *relatividad histórica* y constituyendo el *socialismo científico*. «Los filósofos no han hecho otra cosa que interpretar el mundo; nuestra misión es cambiarlo». Este aforismo de las «Tesis sobre Feuerbach» implica graves consecuencias: la aspiración de buscar la verdad, queda reemplazada por una supuesta eficacia, la cual, por otra parte, elimina el esfuerzo hacia la verdad. No hay manera de distinguir con claridad *lo que es* (objeto del comunismo) y *lo que debe ser* (objeto de la voluntad). Queda la ilusión sistemática; en cuanto a la mentira ventajista y útil (mito) resulta el arma revolucionaria por excelencia extraña a toda ética, a todo derecho, a todo concepto de valores.

Estando abolida la confrontación entre la hipótesis y la comprobación, como entre los momentos o zonas del pensamiento crítico y de la acción, la lógica se convierte en un juego puramente sofisticado: una cosa es o no es; es a la vez ella misma y su opuesta; todo valor es relativo a una situación material determinada; todo lo que fué o es se considera como necesario, y todo lo que fué y no es, como «imposible» («lo que fué o es», se considera no *comprobado*, sino *confirmado*, en función del movimiento de identidad de la materia y de su aspecto o reflejo espiritual).

En fin, todo puede enunciarse de manera arbitraria o negarse; todo resulta aceptado o depreciado por la autoridad que se atribuye la exclusiva de dar una interpretación auténtica a las ambigüedades infinitas del marxismo.

Las ideologías todas, tanto del pasado como del presente, son calificadas de ilusiones por el marxismo. Sólo éste se sustrae a la regla de exclusión y se tiene por realista, se proclama adecuado a la realidad, algo así como el *non plus ultra* del pensamiento humano.

Con el nombre de socialismo científico, se nos presenta una teoría que no tiene ninguna relación con el comportamiento humano; tampoco con el análisis histórico o psicológico, ni con los descubrimientos geniales de las ciencias naturales. El único socialismo que podría merecer calificativo de científico, sería un socialismo experimental para una sociedad abierta, a base del concurso voluntario de los seres, como de los medios a disposición de los mismos, una mutualidad de experiencias de asociación, de organización económica, todo inspirado por el principio contractual y por el espíritu del libre examen. Toda «experiencia» que hace del Estado una divinidad y del hombre un conejillo de Indias para las experiencias, es extraña a la ciencia y a la humanidad, inútil bajo el punto de vista social humano, de la misma manera que la vivisección es completamente inútil para el arte de domar animales salvajes.

Después de contrarrestar las ambiciosas afirmaciones del marxismo en cuanto al anarquismo y al marxismo, sólo resta replicar a los exégetas marxistas del anarquismo, tratando de definir positivamente el marxismo desde el punto de vista anarquista.

Tal definición, quisiera hacerla lo suficientemente corta y



sencilla que fuera posible sin entrar en ociosas consideraciones de forma. El marxismo, a la luz de la crítica anarquista, es una religión nueva derivada del mesianismo judeocristiano. Tal como dijo, después de Proudhon, Miguel Bakunin, se trata de una teología política disfrazada como «ciencia de la sociedad», incluso de una «Suma Universal». Se proclama a sí misma teoría infalible y omnisciente, más allá y por encima de toda rectificación posible.

Como todas las religiones dogmáticas que se fueron sucediendo para responder al deseo de seguridad y certidumbre de los hombres, actúa el marxismo. Pero si tenemos en cuenta que ese deseo de seguridad es tal vez inseparable de nuestra naturaleza, también cabe tener en cuenta que existe otro factor opuesto, el de la inquietud perpetua del hombre y su deseo de libertad. Evidentemente, el marxismo, como el catolicismo o el judaísmo y la religión mahometana, tienen respuestas a todas las preguntas, pero el anarquismo tiene una pregunta para todas las respuestas. Mientras el hombre sea hombre, la palabra última será una interrogación.

#### ¿DOGMA O HEREJIA PERMANENTE?

El marxismo inició su labor como crítico intransigente y violento contra hechos e ideas de su inmediación. Opuso a la ortodoxia la herejía, de la misma manera que el apóstol Pablo opuso su herejía a la religión de Moisés y Lutero la suya a la religión romana.

Y, como heresiarcas, Pablo de Tarso y Martín Lutero obraron en un sentido libertador y afirmaron derechos de experiencia viva sobre y contra el dogma. Pero al dogma antiguo se ha substituído el nuevo. Es lo mismo que hizo Marx, fundador, no de la ciencia, sino de la religión contemporánea con su dios Historia, su mesías Proletariado, su misterio Dialéctica, sus textos santos, citados como la Ley y sus Profetas.

Hace cien años que los hechos derrotan al marxismo directamente. La experiencia vital de los hombres y la indagatoria de la verdad, encuentran a su vez como un obstáculo la religión de Marx.

Los intérpretes stalinianos del marxismo no descubrieron la teoría de la relatividad, el concepto moderno de las leyes naturales como leyes estadísticas, la teoría de los cuanta, toda la genética, y toda la psicología moderna contradiciendo al marxismo, por lo que éste lanzó el anatema contra Einstein, Bohr, Planck, Mendel, Morgan, Bergson, Freud, Adler, etcétera.

En cuanto al anarquismo, se niega a dogmatizar la experiencia, a reemplazar ortodoxia por ortodoxia, intolerancia

por intolerancia. Existió la anarquía bajo formas diversas desde los tiempos más antiguos y todos sus adversarios no consiguieron más que victorias ficticias, victorias a lo Pírrico, sustituyendo una autoridad por otra como Beria reemplaza a Yegor, Yegor a Yagoda, Yagoda a Mendjinsky y así sucesivamente hasta llegar a Calvino, Torquemada, Constantino, Moisés, etcétera.

El anarquismo que llamamos tradicional, sufrió estos últimos tiempos rudas críticas procedentes de elementos semimarxistas. Unos le reprocharon el hecho de no aceptar más que el pensamiento libre. Acusación capital, tremenda, procedente de gentes que quieren imponer a la humanidad conformidad perfecta de unión y acción, como ellos dicen, de ideología y táctica. Pues bien: la tradición del pensamiento libre que se inicia con el uso de la inteligencia y define al hombre, esa tradición de inteligencia prevaleció sobre el instinto hereditario del animal y es sólida y lícita. Podemos atenernos a ella con entera confianza. Sin embargo, el anarquismo no es tan sólo pensamiento libre, que no puede existir más que mediante la experiencia ni tiene aplicación más que en la experiencia vital. Es, asimismo, la afirmación indispensable de la experiencia libre en materia económica y social, experiencia libre para todos.

El anarquismo es la herejía permanente, coherente y práctica, derecho y deber de todos de actuar según sus convicciones y de encarnar el propio pensamiento en hechos.

El marxismo arranca del dogma y vuelve al dogma tras una fase crítica que, por otra parte, hace la crítica de una realidad social superada.

El anarquismo arranca de la experiencia vital y vuelve a la experiencia viva. Es una interrogación constante al dogma. El dogma más potente como tal es el marxismo dogmático.

No se trata de hecho de la existencia de una escuela sino de un problema fundamental de la humanidad. No se informa mediante fórmulas definitivas, sino que discute todas las fórmulas, sobre el doble plano de las aspiraciones objetivas de cada cual y de la verdad objetivamente comprobable.

Os corresponde ver si es posible conciliarlas y si en cualquier momento se puede recurrir al marxismo para reactivar el anarquismo.

En cuanto lo que me atañe, mi opinión es concluyente. Es necesario desmarxizar y desdogmatizar el anarquismo tal como se manifiesta entre nosotros.

André PRUNIER

Versión de F. Alaiz.

## NUESTRA SECCION LITERARIA

### “La Vida y los Libros”

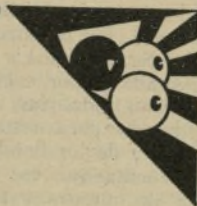
Se insertarán en esta sección mensual literaria críticas sobre aquellas obras que vayan apareciendo, escritas en los idiomas corrientes o traducidas, de las cuales hagan llegar los autores o editores, dos ejemplares gratuitos a la Redacción de CENIT, 4, rue Belfort, Toulouse (H.-G.)





# La Vida y los Libros

## Los personajes de Paulino MASIP



CABO de leer el último libro de Paulino Masip, **La Trampa**, cuatro novelas cortas: dos de ambiente madrileño, una de ambiente mexicano, y la última de acción en una isla perdida en las aguas del Atlántico. En este libro Masip, sin proponérselo, y este es su mejor mérito, hace un derroche de humorismo. Masip cuando escribe no se propone de antemano provocar nuestra hilaridad.

En este libro, como en todos sus anteriores, Masip se limita a coger de la calle o de su subconsciente unos muñecos que coloca en el escenario *ad hoc* y los deja hablar. No los fuerza, como hacen muchos con el riesgo grave de amanerarlos, de falsearlos. Y de ahí la naturalidad con que se mueven en sus ambientes los personajes de Paulino Masip.

En este libro Masip es un escritor sencillamente delicioso. Lo digo en el buen sentido de la palabra. Yo divido a los escritores en dos categorías: venenosos y comestibles, como los hongos. De los comestibles mi paladar ha establecido toda una escala gustativa que va desde lo sabroso a lo sobrosísimo. Y cuando un escritor alcanza para mí el grado de sobrosísimo, yo lo califico de delicioso, tal vez por un atavismo sensual de mi ascendencia mediterránea. Aragón está más cerca del sensualismo del Levante español que del senequismo de Castilla. Y, como yo, Masip que si mal no recuerdo es riojano con fugaces trasplantes en el litoral catalán y en la meseta castellana. De ahí ese epicureísmo de Masip por la forma, ese gozoso regodeo, fruición mejor, por la pincelada caliente, eufórica, que anima a sus personajes. Nada hay de enfermizo ni morboso en los tipos que Masip elige para protagonizar sus relatos. Todos son sanos con la cabeza bien puesta y el corazón en su sitio, aun aquellos más o menos complicados como Marta Abril y Hamlet García.

Una de las grandes virtudes de Paulino Masip como escritor —y tiene muchas— es que no necesita perder tiempo ni espacio en pintarnos sus personajes: decírnoslos si son gordos y flemáticos, flacos e impulsivos. A Masip le basta con dejarlos hablar. Masip, que es un gran observador de la vida, sabe que en el diálogo descubrimos todas nuestras manquedades y jorobas. Oyendo hablar a los personajes sabemos

como son: los vemos. Nuestra imaginación, inmediatamente, da con la fisonomía conveniente a cada uno de esos personajes que, al toque mágico de la pluma de Paulino Masip, se convierten de entidades puramente imaginarias en entidades de carne y hueso. De ahí la humanidad de esos hombres y de esas mujeres en cuyas acciones y reacciones nos vemos identificados. Personajes que en una página nos hacen reír, dos o tres páginas más adelante nos harán pensar. Como nosotros, exactamente igual que nosotros que reímos o lloramos según la fibra sensible herida en el momento que vivimos. Los personajes de Paulino Masip son más reales, más lógicos, que los tipos absurdos que nos rodean en la vida cotidiana. ¡Y ya es decir!

Tampoco necesita Masip pintarnos los escenarios en que han de actuar sus personajes. Parece más lógico dar primero el escenario y después los personajes. Pues no, señor: en los libros de Masip el escenario lo dan los personajes. Así como oyéndolos hablar deducimos sus rasgos fisonómicos, sus estaturas y hasta el perímetro de sus curvas abdominales, así oyéndolos hablar nuestra imaginación los sitúa en el escenario que a cada uno corresponde. Es decir que por el diálogo llegamos a conocer no sólo la filiación racial, social, política y religiosa de los personajes, sino esa porción del paisaje geológico, con todos los elementos de la flora indígena, en la cual se mueven y actúan. Esta es otra virtud que abremos de registrar en la columna de los méritos literarios de nuestro Paulino Masip.

Hecho este pequeño preámbulo, vamos a meternos por el mundo literario de Masip, a la entrada de cuyas parcelas se leen estos nombres: **El Diablo de Hamlet García**; **De quince llevo una**; **La aventura de Marta Abril**; **El hombre que hizo un milagro**; **El Emplazado** y **La Trampa**. Hay otras, pero esas pertenecen a su mundo literario de allende. Yo he de renunciar a entrar en ellas y a conformarme con visitar sus predios de aquende. Empezaré, pues, por **El Diario de Hamlet García**.

Aquí lo tenéis, pero dejémosle que él mismo se presente. Oigámosle: «Me llamo Hamlet. Soy profesor ambulante de Metafísica. Mi profesión me proporciona honra y provecho escaso. Mi mujer me pone ejemplos de vidas más logradas, pero ella ignora



que las formas del mundo son inciertas y capciosas.» Más adelante él mismo nos dice que es de complexión apoplética. Y he de confesar que choca con el tipo que yo me había preformado de todos los profesores de Metafísica. La culpa no es de Masip, sino de mi subconsciente. Durante años y años la efigie de mi profesor de Filosofía, flaco y huido como la hebra de hilo escapada de la aguja de una modista, ha estado formando y conformando el molde en que mi subconsciente ha vaciado a todos los profesores de Metafísica. Empero, se explica que nuestro Hamlet García sea un tipo apoplético, fuerte, con tendencia a una presión arterial alta. En su vida sedentaria hay un mínimo gasto de energías y la falta de mayores preocupaciones que los problemas metafísicos propician un ambiente de suave tranquilidad. Eso mismo explica la vida de Hamlet, vida de nebulosa de formas imprecisas, sin contornos delineados y sin una posible ubicación en el mundo de lo concreto, de lo contingente y aún de lo necesario. Nuestro Hamlet, en virtud de su profesión, está más allá de nuestras contingencias. Como él mismo lo dice, en algún lugar de su diario, vive en «una zona neutra de fuerzas compensadas». Y es feliz. Pero no es absurdo, como algún mal intencionado me dijo un día al oído. Ciertamente sueña, es generoso y de una castidad a prueba. Todo en él es perfectamente normal. Hasta el hecho de acostarse, vestido, con zapatos y todo, y quedarse roncando tan tranquilo en aquella cama en la que pegadita a él, está la carne latente de deseo de una mujer con todas las seducciones del pecado. No es absurdo, no. ¿Acaso es absurda la castidad de Don Quijote? ¿Y su generosidad? ¿Y sus ensueños? Pues esos y no otros son los principales elementos con que Masip ha formado a su Hamlet García. Profesor ambulante de Metafísica equivale aquí a caballero andante de la Filosofía. Ahora colocad a este personaje, a este caballero andante de la Filosofía, en un escenario como el del Madrid de nuestra guerra y tendréis por decontado las cosas divertidísimas que habrán de sucederle. Masip recoge todas esas aventuras y las ordena con tal habilidad que de un simple diario nos hace una novela, en donde la ficción y la realidad no tienen campos acotados. Más que una obra de ficción es un documento vivo que nos conmueve en ocasiones, aunque en ocasiones nos haga sonreír de gusto. Recomendando el libro, sobre todo a aquellos que no conocieron nuestro Madrid en las tremendas jornadas del 36. Le bastará con leer **El Diario de Hamlet García**. Es el mejor elogio que puedo hacer de él.

Y vamos con el segundo. Aquí está **El hombre que hizo un milagro**. Se llama Benedicto y es peluquero de profesión. Lo conocí personalmente y muchos de mis lectores también. Es un hombre bueno, un idealista, con esa cultura que el obrero medio español ha ido espigando en las obras, principalmente sociales, editadas a principio de siglo por Prometeo, de Valencia. Benedicto es un gran corazón y en su cabeza hay siempre un penacho de pensamientos redentores. Ríe o sonríe siempre lo cual denota la salud de su alma. Su mujer le insulta; la suegra le pega y el bueno de Benedicto sonríe a su mundo interior. Porque él tiene un mundo interior en cuya visión vive permanentemente sumido. Por eso no oye los insultos que le vienen de fuera ni siente los po-

razos que le llueven encima. Vive dentro de sí mismo, acorazado por una indiferencia que lo aísla del mundo circundante como la concha a la tortuga. Pero oíganos a Benedicto: «No. A mí me falta algo por dentro, una ruedecita, un resorte, un muelle, no sé, algo. A veces cuando estoy tumbado al sol y veo correr las nubes, lo presiento, pero no acierto con el nombre. Si yo tuviera esto que me falta yo haría muchas cosas que ahora no hago porque no vale la pena.» Esto se lo dice a Tomás, el único amigo en el pueblo que merece su confianza. Tomás, a su vez, le dice: «Eres un bendito de Dios.» Benedicto ríe y sigue hablando: «No, Tomás. Es otra cosa. No te lo sabría explicar. ¿Mi mujer se enfada? Bueno. ¿Mi suegra me pega? Es igual. ¡Pobres!... Tomás, la máquina del mundo anda sin mi permiso y yo no puedo pararla ni intervenir en ella para que cambie de rumbo...» Más adelante le asalta un temor y pregunta a su amigo: «Tomás, ¿tú crees que yo soy tonto?» Tomás le dice que no, se lo jura y Benedicto sigue: «Es que hay días que me entran grandes dudas. Tomás, tu amistad me hace mucho bien. Me descarga el alma y me tranquiliza. Si yo no pudiera hablar contigo me moriría. ¡Tonto no soy, Tomás, créeme!» Tomás lo tranquiliza y añade: «Hace poco le he dicho a tu mujer que eres un hombre extraordinario y la única persona con quien se puede hablar en este pueblo.» Pues bien, este santo varón hace a los pocos días un milagro: un ciego entra en la peluquería, Benedicto lo afeita y le lava la cabeza y, mientras le fricciona con agua y jabón la pelambre, el ciego recobra la vista. A Sancho no le produjo tanto asombro verse de rústico convertido en gobernador de la insula. Lo de Benedicto es más: de simple peluquero se ve ascendido a santo, a casi Dios. El poder de aquella taumaturgia suya le da miedo. Él, que momentos antes había confesado a Tomás que le hubiera gustado ser Josué para parar y echar a andar a su voluntad la máquina del mundo, se siente confuso y desconfía de sí mismo. Sin embargo, el cielo ve. ¿Entonces... sería verdad? ¡El que ni siquiera nació en Viernes Santo, como le dice su madre! Pero Dios, que ha hecho las aguas y los cielos, los soles y las estrellas, ha hecho también a las hormigas. Él es obra de Dios también. Y la conciencia de su poder taumatúrgico le asusta. Todo lo sobrenatural sobrecoge y anonada. Sólo los niños pueden acercarse a todos los misterios sin dejar de sonreír a todos los arcanos. Y los niños son los únicos que creen en él. Los niños, y por necesidad, los ciegos también. Los demás desconfían de él, le rehuyen, lo calumnian y llegarían a la lapidación y a la crucifixión. Es el destino de todos los santos, de todos los redentores. Es muy difícil ser profeta en su tierra, pero es más difícil aún ser santo en su casa. ¡Si hasta su mujer le ha comprado unos guantes para neutralizar la supuesta virtud taumatúrgica de aquellas manos a las que atribuye poderes mágicos, de prestidigitación! El conflicto en que Masip coloca al pobre Benedicto es morrocotudo, pero lo resuelve estupendamente. Benedicto vive en una exasperación permanente, en medio de una baraúnda de gentes que han visto en él un filón que explotar y que lo sumen en una atmósfera de terrores, de incertidumbres, de angustias y de ascos. Pero se salva. Ante la discusión del cura



que necesita el milagro, del médico que lo niega, del alcalde que lo prohíbe y de los gerentes de las Sociedades Explotadoras de Aguas y Fuentes Medicinales que lo acosan con la pretensión de convertir la peluquería en una fábrica de milagros; ante las amenazas de su mujer y el acoso de una muchedumbre de ciegos que han llegado de todo el ruedo ibérico e islas adyacentes, Benedicto resuelve abandonar el pueblo y liberarse de aquella atmósfera que lo ahoga: huye con una gringa que ha venido de Norteamérica con el propósito de hacerse lavar la cabeza por aquellas manos milagrosas y deja a todo el mundo con dos palmos de narices. Aquí el filón ha sido para Paulino Masip, que saca un partido excelente del asunto en escenas graciosísimas, de buen humor y fina ironía, de sorpresas insospechadas, las cuales se suceden hasta el desenlace, un desenlace que pudo ser y no fué —me refiero al del auténtico protagonista del hecho— tal vez porque le faltó la ocasión, la gringa mejor. Y si la tuvo y no accedió a la invitación es porque, indudablemente, muchas veces los hombres de carne y hueso resultan más absurdos que los más disparatados engendros de la fantasía.

Vamos ahora con **El Emplazado**. Este don Pedro es todo un carácter, una voluntad en tensión. Se ha fijado una meta y hacia ella marcha en línea recta. Es un caudillo a su modo, en los negocios. Y sin embargo, qué pobrecito se nos antoja aún cuando lo vemos en la euforia de su vida de hombre de las finanzas, presidente de truts y monopolios, de consejos de administración bancarios, etc... Como César ante el puñal de Bruto. Como Alejandro ante el vaso de la pócima preparada por el odio de la hija de Darío. Ha bastado un diagnóstico médico, temiendo si se quiere, pero diagnóstico al fin, para que se quebrara el resorte que mantenía aquella voluntad en tensión y la torre erguida se viniera abajo. Hay hombres que llevan en sí los elementos de su destrucción. Este es uno de ellos. Duro, inmisericorde, yermo, estaba predestinado a la desaparición total, al no ser, a la nada, desaparición que se hace más pavorosa aún porque no dejará una huella de su paso, se extinguirá como una luz sin reflejo, como una voz sin eco. En cambio, y como magnífico contraste, Miguel, su amigo, es un carácter formidable, un verdadero acierto de Masip. Pero oigamos a los dos que hablan: «Sí —dice Miguel—, hubiera sido un magnífico patriarca nómada, haragán, fecundo. Me veo sentado en una colina: mis mujeres —ocho a diez— trajinan en las tiendas; mis hijos —veinte, treinta, cincuenta— trabajan o juegan a lo lejos; mis ovejas, mis cabras, mis corderos, mis bueyes —unos cuantos miles— están guardados en apriscos que vigilan cien mastines; los trigos, que sembrados al acampar, abrumados por el peso de las espigas, inclinan el cuello blandamente, la tierra se agrieta para dar su fruto y yo siento dentro de mí el vaho de toda esa vida que ha creado sonriendo, sin esfuerzo, sin fruncir de ceños, sin rechinar de dientes, sólo con la sabia distribución del ritmo de mi propia vida. Ahora uno tiene que conformarse con su modestia: tener diez hijos, una mujer, unos cientos de ovejas, un par de docenas de vacas y en vez de toda la tierra, unas cuantas hectáreas acotadas y limitadas.» Pedro le replica: «Y entre todos te anulan, te van matando poco a poco.» Pero Miguel, el que real-

mente está enfermo, niega: «Al contrario, hombre. Gracias a ellos mi vida se llena de sentido, me dan lo que tú no tendrás.» Pedro ríe y pregunta: «Y ¿qué es eso?» Miguel le contesta: «La inmortalidad.» Bur-lón Pedro le pregunta con ironía: «¿Nada menos?» Miguel explica: «Sí, yo sé que dentro de mil años estaré todavía vivo, porque mi sangre latirá aún en muchas venas. Y tú no.» Pedro vuelve a reír y dice: «¡No, ni me importa, Miguel!» Este se afirma en sus ideas: «A mí sí y mucho. Tanto que es lo único que da razón de ser a mi vida. Es, ¿cómo te diría yo?, una emoción voluptuosa de sentirse eslabón ligado a la cadena de la especie, emoción de saber que mis latidos son el eco de unos latidos remotos que otros eslabones anteriores dieron y emoción de sentir que los míos repercutirán todavía cuando hayan desfilado tantos kilómetros de esa cadena que ni memoria quede de mí.» Pedro no oculta un sentimiento de disgusto y dice: «Eres un personaje fantástico. ¿Qué cosas te ocurren! Yo no he pensado nunca en eso, pero sólo de oírte me dan náuseas.» Miguel, que intuye el motivo de su disgusto, replica: «Porqué tú eres un eslabón suelto, insolidario. Tienes el fin y el principio, en tí mismo. No eres hijo de nadie ni tampoco serás padre de nadie. Eres infecundo.» Pedro sonríe y cree apabullar a Miguel diciendo que él crea riqueza. Mentira, porque la riqueza es vida y él es incapaz de crear vida. A falta de otros afanes, de otros anhelos, él ha de poner en su vida la pasión avasalladora del dinero. Pero donde se echa de ver la «debilidad» del hombre «fuerte» y la «fortaleza» del hombre «débil» es en la escena en que el médico declara a Pedro canceroso, con un año de vida cuando más. ¡Qué bien intuye Masip las reacciones de este hombre «fuerte» y las traslada a las cuartillas! El diálogo entre él y Miguel, el verdadero enfermo, de la próxima escena es soberbio. Miguel adquiere las justas proporciones de la verdadera hombría. El otro es lo que tiene que ser, no puede ser lo que es Miguel porque le falta continuidad, proyección, eco. Su muerte es el fin de sí mismo. ¿No decía parodiando a Luis XV que después de él el diluvio? Pues el diluvio estaba allí, cerrándole el paso a sus ambiciones y megalomanías de misántropo. Y, como no ve otra salida, Pedro, el hombre «fuerte», se hunde diciendo con gesto trágico: «Yo soy Atlante que llevo el mundo sobre mis hombros y si Atlante cae el mundo se hace añicos. Tú eres eslabón de una cadena infinita como te has definido. No me sirve tu ejemplo, Miguel. Déjame en paz. Sólo sé que dentro de mí se ha roto el resorte que hacía funcionar mi maquinaria y que estoy perdido, perdido sin remedio y que soy un muerto que anda.» El mismo lo ha dicho. No es más que eso. Después cuando el médico le anuncia que se equivocó y que no hay cáncer, Pedro quiere resucitar, pero ya no puede: sigue siendo lo que era: un hombre muerto. Y el mundo que antes se doblegaba a sus mandatos no cree en su resurrección, lo rehuye, le hace el vacío. Es un muerto, no es más que un muerto. Y yo, que sistemáticamente me he negado a que los autores maten a sus personajes, he de confesar que deseaba la muerte de Pedro, esa muerte que viene, de modo inesperado, con la súbita aparición de un tranvía, a resolver el conflicto de esa pobre alma. Se ha cumplido el plazo. Y Pedro, que no era más que un globo in-



flado de aire, se desinfla y desaparece, sin dejar rastro de su presencia. Es el destino de los hombres que quisieron ser solos. No en vano dice la Biblia en algún lugar: «Ay del solo!», que equivale a decir: ay del infecundo que no tendrá destino! En este libro como en los anteriores, Masip hace gala de su pericia en el movimiento de las escenas. El diálogo es muy bueno y los personajes, aun los más secundarios, todos muy bien logrados. Masip conoce el corazón humano. En esto radica su gran secreto. De ahí el acierto de todos estos muñecos, juguetes al fin de sus propias flaquezas y miserias en la farsa o en el drama de la vida. Somos así.

En **La aventura de Marta Abril**, Masip nos hace vivir eso, una aventura. ¡Y qué aventura, santo Dios! Aquí el ingenio de Paulino Masip complica y enreda las vidas de sus personajes para darles después, eso sí, una solución satisfactoria. Nos da a conocer a dos tipos —Enrique Iturralde y Marta Abril— estupendos. Iturralde, vasco industrial, hombre adinerado, comprensivo, bueno, caballero a carta cabal y Marta Abril, una mujer que no tiene nada de complicada. Las complicaciones son de la exclusiva responsabilidad de Masip. Ella es como es y nada más. Como suelen ser casi todas las hijas de Eva: con el alma y con el corazón, mejor dicho, con su interior dividido y subdividido en compartimientos estancos, en cada uno de los cuales nos espera siempre una sorpresa. Masip quiso saber qué había en cada compartimiento y empezó a destapar todas esas cajitas de Pandora que guardaba en su interior esta deliciosa Marta Abril. La aventura como digo es estupenda. No he de decir más que se apoderó de mí y no me soltó hasta que leí la última línea de la última página ya en la madrugada de la noche de un sábado en que me la llevé conmigo a la cama.

De quince llevo una, es una cajita de comprimidos literarios muy recomendables para los que padecen de hipocondria. Son diez cuentos: el primero, que da título al libro, digno de una antología del cuento francés no sólo por lo bien hecho, sino por el asunto. Es, llamémosle así, un alcaide filosófico para la larga vida. Se lo recomiendo a los tristes incurables. El segundo, **Prudencio viaja**, yo lo he leído entre carcajada y carcajada. Yo río con la misma facilidad que lloro y, a pesar de hallarme en el restaurán cuando lo estaba leyendo, solté el chorro de la risa, con gran asombro de los demás comensales. Y a este tenor, los demás cuentos de este volumen, de los cuales hay que destacar **El Alfar**, **El Apólogo de los ajos** y **Erotrismo**. Dos hombres de honor se me antoja excesivamente largo. Masip parece olvidar aquí el consejo de Gracián: «Lo bueno, si breve, dos veces bueno». Rosa Arciniega, la escritora peruana tiene un libro **Playa de vidas**, que subtítulo **Cápsulas de novela**. Y, en realidad, eso son todos sus relatos. La extensión literaria está en proporción inversa a la intensidad temática. Parece que esa fué la idea que la llevó a recoger en un volumen todos aquellos comprimidos de novela.

Y vamos con el último libro de Masip, **La Trampa**. Son cuatro novelas cortas: dos madrileñas, saturadas de aires del Guadarrama y llenas de esa luz que en la paramera castellana adquiere su máxima cla-

ridad; una de acción en México, y, finalmente, otra animada por cuatro naufragos españoles, ateos y un sueco en una isla perdida de el Caribe. La primera que da título al libro es muy buena, llena de gracia castiza, con tipos de sainete. El señor Teodoro y la señora Concha son dos monumentos madrileñísimos escapados—iba a decir de un sainete de Arniches—, pero no, no, descubiertos por Masip y puestos por él en escena. La Jerónima y el viejo casero don Fermín son otros dos hallazgos felices de este Masip, maestro del costumbrismo sano en el buen teatro español y también en la novela. La idea de esta novela le vino a Masip de un hecho histórico. Así como suena. Don Fermín, viejo ya, enamorado de Jerónima, un botón a punto de reventar en flor, es una parodia del famoso Sixto V, de aquel papa que, para conquistar la silla de San Pedro, se encorvó, se hizo el enfermo y achacoso hasta el punto de no inspirar temores y recelos a los dos partidos dominantes en el colegio de cardenales. Claro que don Fermín, aun con el logro de sus propósitos no tiene la continuidad de Sixto V, que, una vez en la silla de San Pedro, se enderezó y se deshizo de todos los fingidos achaques, para meter en cintura a la clerecía: reformó las órdenes religiosas, protegió las artes y la cultura, embelleció a Roma a la que dotó de agua potable y fué un gran político en el interior y en el exterior, que consolidó la autoridad y el prestigio del Papado. El pobre don Fermín no pudo hacer tanto ni mucho menos. Pero tuvo el final que se merecía: don Fermín creyó, como muchos viejos verdes, que, conquistando a la mujer, conquistaba la hembra y se equivocó. Eso es todo.

En **El Ladrón**, de ambiente mexicano, Masip presenta un conflicto freudiano que resuelve felizmente y así también en **El hombre que perdió sus bolsillos**. Pero donde Masip echa el resto, como suele decirse aquí, es en **El Gafe**, donde con gran disgusto mío, Masip mata a todos los personajes. Si se había descartado ya la idea de que el gafe servía al mal y, en su lugar, había tomado cuerpo la idea de que era un gafe benéfico, una providencia, un dios, ¿por qué lo matan? La razón del madrileño, uno de los protagonistas, me parece muy cómoda. Dios no puede estar en la tierra; su lugar está en el cielo. ¡Lo lastimoso es que Dios no pueda estar en la tierra! Claro que, para comprender esto, hay que seguir el proceso de la tragicomedia de esos hombres, que, a despecho de su ateísmo, necesitan de alguien a quien culpar de sus desventuras. Es la necesidad que creó los dioses. Necesitaban el gafe y lo buscan. Entre ellos no está: no puede ser ninguno de ellos, porque los cuatro parecen vaciados en el mismo troquel: idénticas imprevisiones, iguales atropellamientos, ideas, sentimientos, angustias y terrores. Con ellos arriba a la isla un sueco, que es opuesto, lo contrario a todos ellos: serenidad, previsión, sonrisa a flor de labios y mirada de bondad. El tiene que ser el gafe y a él le hacen responsable del naufragio y de todas sus calamidades. Con el tiempo el gafe pierde su maleficio, puesto que, gracias a su generosidad y a su previsión, subsisten los cuatro: comen, se curan de las enfermedades y se salvan de peligros. Llega un momento en que el gafe ya no es gafe, es un dios. Y entonces sienten la necesi-



dad de deshacerse de él y lo matan. Esta necesidad es lógica. Es la eterna historia del hombre: crea los dioses y los destruye, para acabar luego, llegado al nihilismo, destruyéndose a sí propios.

Para mí **El Gafe** es una de las mejores cosas que han salido de la pluma de Masip. Leyéndolo he reído y no diré llorado, pero sí que en más de un momento me ha conmovido la emoción. Por esta y otras cosas, creo haber contraído con Paulino Ma-

sip una deuda, esa deuda de gratitud y de cariño, de respeto y de admiración que los lectores han de contraer con sus autores favoritos. Quisiera poder saldarla, pero presumo que va a serme difícil. Tendría que escribir como él escribe. Sólo así podría devolverle en emoción de risas y lágrimas lo que en lágrimas y risas Masip me ha regalado con sus libros.

Mariano Viñuales

## Ráfagas

**Amo las nubes, las nubes que pasan... a lo largo..., las maravillosas nubes.**

Baudelaire

En efecto, las nubes pasaban en manada por el cielo. Como un rebaño de vapor caminando de prisa, así. Al frente iba el viento, y tras las últimas nubes, también, el viento. Levantaban en el espacio una polvoreda negruzca; después, el azul, el maravilloso azul, tornábase más transparente. Habían pacido humedad. Habían descendido al mar y vuelto a ascender luego de cargar agua arriba, majadas de nubes en planos de infinito. En ese suelo cristalino, embalsado con astros, se sostiene el Devakhan cuajado de estrellas. El cielo es el artesonado de la tierra... por donde pasan las nubes... a lo largo... las maravillosas nubes. No lo ensuciamos ni aun con la mirada, que no es este pozo donde estamos metidos. Que es la habitación de los limpios.

**...y horrorizamos a las criaturas a quienes queremos amar.**

Baudelaire

Comprendo tu pena, vieja; sí, la comprendo. Pagué muchas veces porque me basaran. Otras fui a besar y me rechazaron. El asco que inspiré me dolió como puñalada en frío. Y en vez de sangre, de la herida debió manar agua. Sólo la mujer es bestia de cabellos largos y de ideas cortas cuando se rige por el instinto y explota al que juzga su enemigo. ¡Ah pero el desvío de la sobrinita, que aprehensión de mí se hurta a mis caricias y mis besos, es más lacerante. Comprendo tu pena, vieja; sí, la comprendo...

**...pues en la grandeza de la fantasía, el «yo» pronto desaparece.**

Baudelaire

El «yo» es la bola de tierra que rueda y aumenta. Girando absurdamente viene desde... nadie lo sabe, y yo menos. Persistente e inexorablemente, de transformación en transformación. El «yo» tiene raíces tan hondas... Una vida larga no equivale a la jornada regular que hacemos a pie en horas. La cantidad de leguas andadas y por andar hacia la extinción definitiva del «yo» nadie sabría leerla. Gracias a las caritativas muertes, a las beneficiosas muertes encargadas de cribarnos, **llegaremos**. Cuando eliminemos el polvo de que estamos hechos y se manifieste lo divino de que estamos dotados. Algún día...

**Acabo de ver la imagen del viejo literato que ha sobrevivido a la generación que recreó espléndidamente; del viejo poeta sin amigos, sin familia, sin hijos, degradado por su miseria y por la ingratitud pública, y en cuya barraca no quiere entrar el mundo olvidadizo.**

Baudelaire

Acúsome de haber tratado una vez con indiferencia a este poeta. Pude consolarle y alentarle. Ayudarle prácticamente pude. No le abrí mis brazos, no le brindé una silla, no le dije que estaba en su casa. ¿Le invité a cubrirse? Creo que no. Alcé los ojos de la cuartilla y le miré un instante. Yo era todo del artículo que escribía. ¡Un pobre viejo que se iba ya del mundo y venía a decirme adiós! Había en la mesa para él un sorbo de licor y un cigarrillo. ¡Ni eso!... cuanto más palabras elogiosas que, declinando, a mieles le supiesen. Después... después recordé la imagen del viejo poeta sin hijos, sin familia, sin amigos, degradado por la miseria y por la ingratitud pública, en cuya barraca no quiere entrar el mundo olvidadizo. Entrando él en



la mía no encontró a nadie, porque no me encontró a mí. Y se fué.

...me he alabado (¿por qué?) de diversas acciones viles que jamás realicé, mientras que he negado cobardemente otras buenas que he cometido con gran placer, lo que constituye un delito de fanfarronada, un crimen de respeto humano.

Baudelaire

He sorprendido haciendo una obra de caridad a la persona que horas antes, en el café, ante un grupo bastante numeroso de amigos, blasonaba de ser una especie de monstruo. Por supuesto, este hombre no tiene más que lo que habla. Anoche trató de dejar tamaño al marqués de Sade, y esta tarde ha pretendido empequeñecer al mariscal Gil de

Rais, personaje de carne y hueso que dió lugar a la leyenda de Barba azul. De todos modos, un tipo fastidioso, cargante.

—¡Eh!... Ya vi que socorrió a la anciana que en esta misma calle pide limosna. Y es ahora cuando empiezo a tenerle en concepto de peligros. Su manifiesta hombría de bien vale menos que sus apócrifas maldades. Ha dejado usted de ser a mis ojos un monstruo.

¡Este monstruo que lleva en su rostro la oscuridad de su alma!...

Baudelaire

El que yo conozco lleva en su rostro la oscuridad de su alma, pero no es médico: es un hombre malo y peor, que está enfermo.

PUYOL

# HAN RYNIER

## PANEGIRICO

### V y último



En un número de la revista «Le Rithme», casi agotado hoy, Han Ryner, proclamado Príncipe de los cuentistas, fué ensalzado por turno por una élite de pensadores, escritores y artistas. En aquella época (1912), quería cada uno rendir su testimonio de admiración al hombre cuya obra era una protesta viva contra la imbecilidad, la tontería y la maldad. Banville d'Hostel invocaba al Príncipe de los cuentistas en estos términos emocionantes:

«El bagaje de Han Ryner es de los más considerables y, sin embargo, por efecto de una vida laboriosa, de probidad, de discreción, las alas de su gloria permanecen hace tiempo plegadas sobre sí mismas y sobre algunos amigos, como el manto de todo buen individualista. Pero otros amigos han venido para agitar estas alas, y ellas se han desplegado; vedlas en el frontispicio del Templo, como una victoria ática. Y ahora, el gran pueblo sabe que existe, en la cumbre del pensamiento contemporáneo, alguien a quien hay que conocer y una luz a alumbrar.»

Florián Parmentier exaltaba «al polemista y al crítico» de los «Prostituidos» y de la «Masacre de las Amazonas», el que en «Damain», «Les Partisans», «La Plume», «Les hommes du Jour», decía al hablar francamente verdades esencia-

les sobre los pisaverdes y afeminados de la literatura. Pero cualquiera que sea el ángulo bajo el cual se quiera apreciarle, lo cierto es que los hombres de su raza y valor son extremadamente raros hoy en día.»

El cuentista y novelista era evocado por M. C. Poinset, que aconsejaba a los jóvenes, a los periodistas, a los rebeldes y a los resignados leerle para meditar, pues «leyéndole detenidamente la luz penetrará en vosotros y os inundará». Maurice Privat escribió sobre el «autor dramático» estas líneas: «Su verbo luminoso amplía el tablado para hacer mover en él a toda la humanidad, triste de su impotencia o azotada por la vanidad, o temblorosa ante los enigmas del porvenir, o conociendo la virtud suprema de la sonrisa, última palabra de la filosofía del autor de «Los viajes de Psicodoro». Mientras que C. y E. Simon-Savigny nos repetía sobre el «orador» talentado que fué Han Ryner, de verbo poético y rítmico, que envolvía a sus auditores con palabras acariciadoras, llenas de encanto, que:

«En él, las palabras, quizás más que en algún otro «orador contemporáneo», son pensamientos vivientes, que viven potencialmente desde su concepción. Es lo que da un color tan fuerte a la palabra «del último cínico».

Jacques Fréhel, glorificando al filósofo, escribió: «Han Ryner es un espíritu vidente y sutil, un alma estoicamente libre, un robusto genio solitario. Su obra pagana, mística y



audaz, es hija de la inspiración y de la meditación. Se adivina en ella la suma potente de vastos y severos estudios. Se impone ella por su orden, su originalidad, su renovación constante y su profundidad.»

Gabriel Clouzet nos hablaba del hombre de corazón que no dejó de ser: «El ha luchado, con el corazón pujante y su vida sacrificada, siquiera para derramar una gota de esperanza en el océano de nuestras penas. Miradle: tiene todos los rasgos de la humanidad: la elocuencia, la dulzura y el coraje. Parece al Moisés de Miguel Ángel; se percibe en su semblante la frente de Beethoven y los ojos de niño de Tolstoi.»

Y «Le Rythme» terminaba este número consagrado a la gloria de Han Ryner publicando las respuestas a la encuesta sobre «Ryner ante la opinión». He aquí algunas de entre ellas:

J. H. Rosny: «Me limitaré a decir: Admiro triplemente a Han Ryner, como escritor, como pensador y como orador.»

Sebastián Charles Leconte: «Hemos querido que todos nuestros sufrimientos fuesen hacia un escritor que fué independiente, al margen de toda clasificación y cuya vida fué un ejemplo.»

Paul Fort: «Han Ryner nos muestra una nobilísima figura en el seno de la literatura contemporánea. ¡Viva, pues, el Príncipe de los cuentistas!»

Jean Royere: «Tengo a Han Ryner por uno de los mejores escritores vivientes y aplaudo la elección hecha por una élite. Han Ryner es propiamente un cuentista en el extenso sentido de la palabra, y posiblemente el sólo representante actual de un género que encarnan a través de los siglos, por ejemplo, Lucien, Erasmo y Voltaire.»

Georges Bazile: «Si él es el Príncipe de los cuentistas (y nadie más que yo le reconoce este título), es también el Príncipe de los hombres. Severo, sin duda, pero justo, Han Ryner no conoce la maldad. Tuvo antes palabras amargas: su extrema probidad—literaria y social—las justificaba.»

Maurice Beaubourg: «Cualquiera que sea, en suma, la suerte de esta moral destacada, de esta llamada, a la vida interior, de este rynerismo, hay que loar altamente al noble escritor que, recordando que la pluma, y también la palabra, han sido dadas sobre todo al hombre para expresar el pensamiento, arremete contra la mayoría de sus colegas que, desde muchos años, esconden la suya; las ideas, piensan éstos, no interesan al público. Y condenaron a este público a leer su literatura, amanerada pero sin contenido.»

Jean Blois: «Han Ryner posee, además, ese don de la elocuencia, de persuasión y de evocación que poseían los antiguos maestros de la sabiduría. Es una de las personalidades más originales y cautivantes de este tiempo.»

Paul Brulat: «Amo a este bello luchador que hace su camino, erguido, con intrepidez sincera. Los libros de Han Ryner son a la vez los de un artista y de un pensador; no se para en la sensación sino que se eleva hasta el sentimiento y la idea. Evoca e invita a la reflexión. En fin, es alguien.»

Phileas Lebesque: «Han Ryner sugiere a los hombres dignos el camino para encontrarse ellos mismos; y es casi una iniciación que os propone, charlando simplemente.»

Más de diez años después, «Le Semeur» consagró a Han Ryner un número especial y, nuevamente, fué un elocuente homenaje rendido al hombre libre, al filósofo. Joseph Melou, en su «Oda a Han Ryner, rimó estos versos llenos de pasión:

«Te hiciste un juguete con cuero cínico,  
Y tu colmillo acerado de lobo de polémica  
Mordió a los perros de la ciudad.  
Iconoclasta ardiente que con un martillo de marfil  
Quisiste romper el mármol de la mentirosa gloria.»

Su hija (Georgette Ryner), embargada por sus recuerdos

de adolescencia, gritó su orgullo filial: «Eres tú ¡oh padre!, a quien encuentro en todas las nobles avenidas de mi ser, en todos los claros de felicidad y de comprensión.»

Pierre Larrivière: Saludó a Han Ryner, hombre de amor y de luz, y en «La sabiduría riente», título de prestado, decía: «Es la sabiduría que no puede más que reírse de las mil y una torpezas humanas. Este hombre lo sabe todo, puesto que sabe que no sabe nada. Pero la palabra nada en latín significa «a veces», «alguna cosa», y esta «alguna cosa» ¡cuántos la quisieran poseer!»

L. Berbedette, evocando recuerdos en su «En Province»: «En mis paseos por campos y bosques acostumbro a soñar que bajo el cielo de Haute Saône, Han Ryner, hace 38 años, concebía ya pensamientos eternos que ha sembrado después con profusión. Tengo que creer que nuestros ojos se han embebido de los mismos paisajes y que nuestros corazones han comulgado con los mismos sufrimientos que impone un mismo gana-pan. Nadie ha podido—es lo esencial—quebrar el vuelo de nuestros sueños ni reducir nuestros deseos a la mezquina medida que, muy a menudo, place a los humanos.»

Y en sus «Evocations», Louis Charles Baudouin decía: «Las horas que he vivido a su lado cabalgan y se mezclan en mis recuerdos como si se tratara de una sola hora dotada de eternidad.»

Mientras que Laurel, que en colaboración con Han Ryner publicó «El drama de ser dos», se expresa: «En la luz nos trae dulzura. Su obra generosa es el don perpetuo de un ser siempre renovado. Anarquista, dice él; pero gobierna su frase. ¿A qué hablarnos de anarquía? Es el comandante de la paz y el organizador de un pacifismo exaltado. Por su voluntad musical nos une a los griegos, pero ¡qué agilidad nos muestra en sus registros! Han Ryner es un módulo de armonía.»

Louis Simón evoca a Jacques Fréhel como inseparable de Han Ryner: «Acogednos en un mismo beso y un mismo abrazo de silencio; y volveremos a nuestras soledades, a escuchar en nosotros ese poblar inmenso de armonías inefables.»

Manuel Devaldés, en su «Han Ryner y la ética del artista», devuelve a la luz ese libro maravilloso que fué «Los prostituidos» y dice sobre los veinticuatro años pasados: «Pero escribiendo, Han Ryner no esperaba convertir a la probidad moral, a la decencia, a la nobleza a los allegados y arribistas. No era tal su ingenuidad. No era el hombre que escuchan las muchedumbres, aun reducidas a la literatura. Sabe, sin embargo, y ello es suficiente, que fué el inspirador de ciertos otros, y que su verbo contribuyó grandemente a la eclosión de algunas personalidades de élite, de algunos artistas originales, entre los cuales los hay que han podido ofrecer una obra de arte, el poema sublime de su propia vida.»

Joseph de Riviére, evocando al poeta, nos dice: «Han Ryner, y si me equivoco he aquí su genio, ha hecho de la filosofía una poesía y de la poesía una filosofía. Ha realizado la síntesis del sentimiento y del pensamiento, del cerebro y del corazón.»

Dice Paul Petitot, hablando del hombre que hace pensar: «... el sabio entre locos conduce hacia las cimas luminosas a todos los seres ansiosos de libertad y de independencia, de verdad y de justicia, de fraternidad y de amor: a todos los hombres de buena voluntad.»

Y Edouard Dujardin, une a la sabiduría de Han Ryner estas líneas: «¡La vida de Han Ryner! Todos la conocen y una palabra es suficiente para describirla. Han Ryner no es de aquellos que dicen: «Haz lo que yo digo y no hagas lo que yo hago. Su vida es un ejemplo.»

Lucien Chiselle: «Es el arquetipo surgido de acumulaciones de pensamientos colectivos. Rico de experiencia psicológica, es un profeta. ¿Ignora acaso algo de la historia de las ilusiones humanas? Cuando crea, es decir, cuando



una figura heroica absorbe su atención, la hace un motivo de revelación de su propio conocimiento en medio del tumulto de las multitudes. Lo sacrifica todo a la verdad.»

Ludovic Rehaul: «Ecce homo». He aquí un hombre. O más claramente: he aquí al hombre. Pues toda su obra testimonia una soberbia realización humana, y es él, de hecho, uno de los más grandes benefactores de la humanidad, uno de sus más poderosos iniciadores. Y es esto lo que quiero proclamar.»

Louis Prat: «Creo que existen en la tierra muchos sabios; yo conozco a uno: Han Ryner, sabio y mago a la vez.

J. Tana Fournier: «¡Han Ryner! Nombre evocador de vivas alegrías y de sueños profundos; de entusiasmos y de absortas meditaciones; de ánimos que rien y de noblezas que se yerguen; nombre sinónimo de bondad y de grandeza, de indulgencia y de conciencia, de pasión y de sabiduría. ¿Qué hombre oculta? Un ser verdaderamente raro, un genio potente y saludable, altivo y afable, impetuoso y cordial; un ser que ha encontrado su forma y su sólida unidad en la ardiente multiplicidad de todas las plétores, una armonía rica en todos los contrastes.»

Y he aquí, en fin, para clausurar este capítulo de homenaje a Han Ryner, nuevas demostraciones recogidas en la enorme producción que le fué consagrada. En 1904 ya Adolphe Lacuzon pudo escribir en sus «Ecrans Psychiques»:

«¡Oh, la fiebre de la concepción! Entusiasmo y torbellinos del pensamiento. Armonía en que cantan las frases. Coro de sueño y de sabiduría. Sócrates, Platon, Epicteto, todos los que desde la Hélade iluminásteis el mundo: apareced. Levantad el cetro, la antorcha, por la que reináis

sobre las almas. Haced todavía más luz. En vuestro pretorio agosto un poeta, un vagabundo, acabar de penetrar.»

Alexandre Marcereau, en «La Littérature et les idées nouvelles»: «Creo que pocos poseen tan completamente como él un conocimiento sobre los filósofos y lo que representan en su tiempo y en su medio.»

Jean Ott: «Desde el punto de vista de la razón Han Ryner existe magníficamente, pues su obra, de una unidad perfecta, brota de una metafísica y de una moral.»

Paul Reboux: «... Han Ryner es un escritor sobresaliente. No le reprocho sus audacias. Al contrario. En tiempos en que la literatura tiende a adulterarse celebro ver a los jóvenes coincidir en su admiración hacia un escritor audaz, un escritor cuyas osadías de pensamiento y expresión han de ruborizar a los burgueses como en los buenos tiempos del romanticismo.»

Gustave-Louis Toutain: «El autor de «Los viajes de Psicodoro» es a la vez un filósofo y un poeta, de inteligencia penetrante y luminosa y naturaleza de sueño, de amor y de lirismo.»

Jules Rivet: «Loámosle por haber sabido permanecer sencillo, útil y modesto en una época donde todo se orienta hacia la pretenciosa y seductora inutilidad.»

Y, finalmente, este homenaje de Victor Bosmans: «Es un gran Humilde que se ha prohibido a sí mismo, con menos rebeldía que filosofía, sonriente y a veces amarga, convertirse en señor Alguien.»

HEM DAY

(Trad. J. Peirats.)

## LOS LOCOS POR SU CULPA

# HASHISH O MARIHUANA



DECIA el famoso fisiólogo C. S. Sherrington refiriéndose al sistema nervioso: «Es pues, alrededor del cerebro y de sus atributos fisiológicos que deben girar, en último término, el interés primordial de la biología». («Y el de la psicología y la sociología», añadía con razón R. W. Gerard.

Así se comprende que el sistema nervioso central sea el órgano más protegido del organismo. El cráneo y la espina dorsal lo protegen formándole una armadura completa. En esta rígida cavidad del sistema nervioso flota suavemente en un

baño de linfa. Tres membranas, las meningeas, envuelven el tejido cerebral, muy blanco y delicado, y están provistas de vasos sanguíneos que conducen al cerebro la sangre nutritiva. El sistema nervioso se conserva intacto, mientras otros tejidos se desgastan continuamente.

El pensar y el sentir, sin duda, es un atributo del sistema nervioso central. El cerebro es educable y por la educación se desarrollan sus funciones, y los reflejos condicionados que él rige se aumentan y fortalecen. Los conocimientos y la sabiduría de la humanidad son acumulativos y van aumentando constantemente.



Si no me equivoco, Enrique Lluria en su notable obra «La Evolución Superorgánica», comparaba el cerebro al sol por las grandes energías que atesora. Ahora bien, hay una diferencia enorme en sus manifestaciones. El sol no miente, se presenta cual es, irradiando luz y calor. Pero el cerebro se impresiona y, reproduce lo mismo las grandes verdades que las mayores mentiras.

Lo más natural era que los hombres conservaran su cerebro sano para que surgieran ideas verdaderas de bondad y de justicia social, pero lo impresionan con toda clase de disparates, entre ellos las religiones.

Además, trastornan con frecuencia el maravilloso funcionamiento del cerebro, intoxicándolo con la ingestión de sustancias venenosas que lesionan su estructura delicada, y entonces reproduce con mucha intensidad las imágenes más absurdas. Así que la mala manera de vivir de los hombres se agrava tanto que se convierten en verdaderos locos.

En vez de vivir sencillamente como iguales, se encaraman los unos sobre los otros, convirtiéndose en enemigos, y se explotan y tiranizan hasta más no poder, resultando, como es consiguiente, una sociedad monstruosa con cerebros deformes. Las ideas nocivas de la explotación y de la tiranía ocupan tanto lugar en el cerebro enfermo del hombre que no queda sitio para otros conceptos sanos. Siguen estos seres aferrados al error, como la yedra al muro.

Una de las sustancias, después del opio y del alcohol, que más ha contribuido, al embrutecimiento de los hombres, se obtiene de una planta que por aquí se llama **cannabis indica**, en tanto que en Asia responde al título de **cannabis sativa**.

No hay un sólo pueblo en Asia que no haya estado bajo la tiranía de esta droga infernal desde hace incontables siglos y que todavía sigue intoxicando a más de doscientos millones de locos. Los flemáticos chinos la rechazan y prefieren el opio, por el suave sueño que ocasiona.

Como a las guerras les siguen toda clase de infortunios, después de la última contienda mundial, el hashish o marihuana se introdujo en los Estados Unidos, donde he hecho numerosas víctimas, sobre todo en la gente joven. La atención de los médicos y de la Organización de las Naciones Unidas se ha fijado en el peligro que entraña el uso del hashish por la rapidez con que el vicio se ha extendido por todo el país. Tanto es así que se han tomado las medidas más severas contra la importación clandestina de los cigarrillos de marihuana, que bajo esta forma se consume, pagándose por el veneno un precio exorbitante, hasta una libra esterlina por un cigarrillo.

Los Estados Unidos llevaron al Asia la bomba atómica, y del Asia vino el hashish, que a la larga le superará en el daño.

El mal es como una pelota que después de golpear a otro vuelve a las manos del que la tira.

\*\*\*

Bajo el punto de vista de la botánica, hay que notar que el género **Cannabis** está constituido por una sola

especie el **Cannabis sativa** que comprende dos o tres variedades. Entre éstas el **Cañamo común** que es una planta anual, herbácea, llegando a alcanzar hasta dos metros de altura. Las plantas macho y hembra tienen pies diferentes. Todas las partes de la planta, frotadas entre los dedos, desprenden un olor mentolado característico. Al tacto es ligeramente pegajoso, más en las plantas ricas en resina de las regiones calurosas y secas. Las flores hembras son las que producen la resina. El fruto consiste en unos granos que contienen un aceite, usado en la fabricación de barniz y de pintura.

El cañamo se encuentra en los países de clima de altura, soleado, de una higrometría muy variada. Los diferentes medios producen modificaciones muy marcadas en su morfología externa, así como en sus actividades fisiológicas. Todas las variedades de **Cannabis** poseen fibras textiles de más o menos valor industrial y producen la resina en cantidad más o menos notable.

La resina es segregada por los pelos glandulares que recubren las sumidades floridas. Sobre la cara externa de las brácteas, de la inflorescencia hembra y de los ejes, los pelos adquieren un desarrollo considerable. Si la temperatura es muy alta, la secreción es muy abundante y la resina se reparte en la superficie de las brácteas, de las hojas, o del ramo, donde se desecan. Así se explica como se hace la recolección en nuestros días. Los cultivadores vestidos de cuero circulan por las plantaciones a las horas de mucho calor porque la resina se pega a sus vestidos o a trozos de cuero cuando ellos pasan sobre los vértices de las flores. Parece ser que la producción de resina es ante todo una reacción de defensa vegetal contra las altas temperaturas y la sequía atmosférica, obrando como un barniz protector.

El hashish puede consumirse bajo la forma de cañamo natural o de resina. El cañamo natural, es decir, las sumidades y las hojas de **Cannabis** hembra que no han sufrido otra manipulación que la desecación se llama «Bhang o Candja» en la India, «Kif» en Africa del Norte, «Rongony» en Madagascar, «Macouba» en el Brasil, «Marihuana» en México.

En la India, el **Bhang** es un producto obtenido por la desecación de las plantas salvajes cogidas todavía verdes. Se prepara una maceración acuosa alcohólica y se refuerza su acción con el opio o la datura. La **Candja** está constituida por las sumidades floridas y fecundadas de las plantas salvajes o cultivadas. Tiene un olor viroso muy pronunciado, y es la sola variedad que se introduce en Europa. Las otras variedades de cañamo son generalmente mezcladas con tabaco, y se las fuma en pipa o en cigarrillos.

Se puede igualmente utilizar la resina bruta que recibe en Asia el nombre de Charas; en el oriente mediterráneo, Hashish; en el Africa francesa del Norte, Chira; y en el Sudán egipcio, Kamonga. La mayor parte de las Charas provienen del centro de Asia. Las Charas o hashish son mucho más temibles que el cañamo natural, en efecto las sumidades hembras del cañamo tienen de 8 a 12 por ciento de resina bruta, mientras que las Charas pasan de un 40 por ciento cuando no está falsificada. Esta resina pulverizada, con frecuencia mezclada al opio, el beleño y la datura,



sirven a la fabricación de cigarrillos, de drogas para beber o de preparaciones destinadas a ser comidas. Aquí interviene la ingeniosidad de los fabricantes clandestinos, presentándolas bajo la forma de almendras, nueces, piñones, etc... Se ha usado una especie negra, de consistencia pilular y granulosa, que goza entre los fellahs de gran reputación como afrodisíaca, y que es de un uso peligroso porque suelen mezclarla con cantárida para hacerla más activa.

\* \* \*

Tanto en la India como en China, el hashish es conocido desde hace más de dos mil años, tanto por sus propiedades terapéuticas como por los efectos que ocasiona en el funcionamiento del cerebro.

En el año 220 antes de J.C., un médico indio llamado Hoath escribió: «Una preparación de hashish administrada al paciente causa a éste delirio que en poco tiempo se convierte en estado de embriaguez y posteriormente en una insensibilidad tan completa como la pérdida de la vida.

En el siglo XV ante de J.C., el hashish se encuentra mencionado en un tratado de botánica china llamado **Rhy-ya**.

Los escritos sanscritos mencionan las «Píldoras de la Alegría» que contienen marihuana y azúcar.

En el Museo Británico existe una antigua fórmula asiria que data del año 65 antes de J.C. y que se refiere al hashish como un «intoxicante que alegra los espíritus».

En la India los yoguis acostumbra a comer **Cannabis Sativa** para libertar sus cerebros y permitirles completa concentración sobre las verdades eternas. Los estudiantes de las escrituras existentes en Benarés, fuman hashish, con el exclusivo objeto de meditar mejor. Si en estado normal no piensan toda esta gente más que disparates, ¿qué no pensarán bajo la influencia de un tóxico del cerebro?

El hashish se menciona como medicamento en los escritos de Susruta sobre la medicina hindú.

En el Zend-Avesta se le cita como hilarante.

En los tratados Indués se le atribuye origen divino y es designada con el nombre de **Vijahia** y **Ananda**, productora de vida.

También se le ha considerado como parte integral de la bebida Soma, en el rito del Dios Indra.

Heródoto dice que la planta crece en Seyhia y que los Tracios conocían sus propiedades textiles y hacen trajes con ello.

Dioscórides le reconoció propiedades benéficas y perjudiciales al hombre.

Galeno la citó como carminativa y afrodisíaca; pero no como embriagante.

Parece ser que el Gobierno de Birmania proporciona una ración de hashish gratis a los pobres, incapacitados para oponerse a su uso. En las regiones montañosas de aquel país y en las selvas de Indochina, las madres dan la droga a sus hijos para hacerlos dormir y las dejan trabajar. Recordamos de paso que

en Extremadura las madres buscaban en las farmacias la adormidera o amapola para dárselas a sus hijos cuando los veían inquietos.

Marco Polo menciona en la historia de sus viajes el hashish y dice: «Cuando estaban intoxicados reversionaban a sus jefes, como seres divinos, y se entregaban a un estado frenético que posteriormente les daba el valor necesario para salir a robar y matar.»

En el siglo X varios gobernantes orientales debían su poder a los acontecimientos que tenían sobre las propiedades estupefacientes del hashish. Los líderes de la oposición y los herederos reales inaceptables eran inmovilizados totalmente mediante una dieta constante de **Cannabis Sativa**. Se convertían en una especie de seres físicamente vivos, pero mentalmente muertos.

Los árabes conocieron las propiedades de la droga por intermediario de la India o la Persia. Una secta musulmana, conocida bajo el nombre de «Asesinos», derivado del árabe «hashischin», o comedor de hashish, fué fundada en el siglo XI y propagó la creencia de que hacer una muerte, sobre todo si la víctima era un infiel, sería la mejor manera de ganar el paraíso. La secta se hizo temible para los Cruzados, que eran atacados en todo momento. Contaba con muchos millares de asociados y cada uno de ellos tenía uno o más asesinatos sobre su conciencia. Esta secta, que se había limitado a Siria y Persia, se extendió por los países más lejanos, teniendo como objetivo la defensa de los pueblos musulmanes. El jefe supremo era el Acheik el Djabal o «El Viejo de la Montaña», al que le estaba confiado la dirección y los secretos de la orden. Para asegurar la fidelidad y la obediencia fanática de los iniciados se servía de las propiedades estupefacientes de la droga. Los asesinatos crueles cometidos, sus sadismos y sus ambiciones políticas, la hicieron odiosa a las naciones vecinas y su poder fué aniquilado por los tártaros en 1252.

En los escritos árabes abundan las descripciones sobre el uso del hashish. Los Fakires lo utilizan para preparar sus actos de magia. Los personajes acostumbraban a servirlo a sus huéspedes con el fin de que tengan más hambre. Los camilleros reducen con la droga los largos viajes por el caluroso desierto.

No tardó la planta, que producía tantas maravillas, en ser considerada como de origen divino. La Comisión antinarcótica de Inglaterra publicó un informe donde se lee: «Para el hindú el hashish es sagrado por los servicios que presta a los hombres. Soñar con la planta es señal de buena suerte en lo futuro. Cura la disentería, agudiza el hambre, apresura la digestión, suelta la lengua del tartamudo, refresca el intelecto y satura de felicidad la mente. Tales propiedades han hecho que el **Cannabis Sativa** sea considerado Guía Celestial, Paraíso de los Hombres y Destructor del Dolor.

Tratar de restringir el uso de una droga que cuenta con la aprobación popular y religiosa, sería una medida peligrosa, capaz de desencadenar una rebelión. El Gobierno Hindú se mostró sincero al hacer esta declaración: «No resulta conveniente separarse de la tradicional costumbre de tolerar el uso moderado del hashish, aún para propósitos no medi-



cinales». Y es que comprende que la droga constituye, más que una Institución religiosa y cultural, un escape para millones de miserables que tratan de huir de la miseria en que viven. El hashish les permite soñar en poder, paz, amor e inmortalidad.

Como ocurre con otros tóxicos universales, como el opio, el alcohol y el tabaco han habido gobiernos que han convertido la droga en un monopolio del Estado. La tolerancia se debe muchas veces a que los mandatarios asiáticos obtienen enormes ganancias del ilícito comercio del hashish, pues otorgan su protección a los fabricantes a cambio de un porcentaje sobre las ganancias.

\* \* \*

El hashish ha gozado durante muchos siglos de propiedades curativas y se ha aplicado en diferentes enfermedades, como la disentería, reumatismo, corea, cólera, falta de apetito, malas digestiones, insomnios, erecciones nocturnas, amenorrea, diuréticos en la hidropesía, afrodisíaco, diversas neuralgias y neurosis, a parte que refresca el intelecto y satura de felicidad la mente. Hubo una época no muy lejana en la que tenía mucho uso en la Farmacopea. Tomamos el conocido Formulario Magistral de Bouchardat, edición española de 1877, donde encontramos numerosas fórmulas para su administración: poción, extracto alcohólico, polvo, píldoras, tinturas, bálsamo, aceite y jarabe.

Sus propiedades curativas se desvanecieron como humo, y en lo tocante a su influencia benéfica, en el intelecto y saturación de felicidad de la mente es una pura impostura. Lo que ocurre es que el hashish usado habitualmente embrutece la mente, y en vez de felicidad, lleva la desgracia al que la usa y anula su personalidad.

Parece que en Egipto se usa todavía la droga en pequeñas cantidades, con la excusa de que alivia los dolores de vientre producidos por las aguas sucias del Nilo, que se hubieran evitado haciendo aquel agua más potable.

Bajo el punto de vista médico las experiencias adquiridas por los ensayos en los animales ha permitido de encontrar un método satisfactorio para la fabricación de las preparaciones del hashish, así como determinar su valor de una manera comparativa.

El estudio clínico y farmacológico de esta droga, conocida de la más lejana antigüedad, es relativamente reciente. Fué en 1857 cuando los dos hermanos Smith encontraron las preparaciones del hashish procediendo a su extracción por medio de un alcalí en el cual el principio activo no era soluble. Entonces establecieron que el principio activo, que carecía de nitrógeno, no era un alcaloide contrariamente a otras drogas, como el opio, la quinina y la nicotina. A este residuo, un aceite amarillo pálido se le llamó después cannabidiol.

Cahn Todd y Adam hicieron grandes progresos en el estudio de su estructura molecular, y se descubrió una segunda sustancia análoga al cannabidiol, el

cannabidiol, del que se puede determinar la estructura química exacta.

Es curioso que el cannabidiol aislado no presente ninguna de las propiedades fisiológicas del hashish, a menos que no se convierta en tetrahidrocannabinol, añadiendo cuatro átomos de hidrógeno, que es en la forma que se presenta el hashish.

Las tentativas para utilizar las preparaciones de hashish bajo el punto de vista médico han tenido poco éxito, y han caído hoy en el mayor descrédito, aunque las sustancias sintéticas que se le parecen sean el objeto de profundas investigaciones en los laboratorios. Sin embargo, un formulario moderno (Leper 1948) incluye por rutina algunos preparados de hashish.

\* \* \*

Los efectos del hashish varían mucho de uno a otro individuo, debido a las variaciones de su preparación, siendo más o menos ricos en productos puros; por otra parte, siempre se prepara en condiciones de clandestinidad y en secreto.

Los diferentes síntomas que se han descrito son a la vez extravagantes, repulsivos y espantosos. La sensación más constante es la de una clase de inmaterialidad del cuerpo, capaz de tomar todas las formas y todas las posiciones, como por ejemplo, penetrar por el cuello de una botella.

Bajo su acción se produce una embriaguez acompañada de sensaciones voluptuosas, y se desarrolla en alto grado las ideas que existían antes de tomarlo. Se advierte que bajo su influencia hay una propensión a las ideas alegres, provocando risotadas que pueden prolongarse tres y cuatro horas. Toda precaución es poca para tomarlo, porque a veces produce en ciertos individuos una especie de delirio furioso, siendo capaces de cometer los mayores crímenes, como veremos más adelante.

Aparte de lo que se ha escrito en la literatura recargado de colorido, los efectos reales de una intoxicación crónica por el hashish son los siguientes:

En el sistema nervioso se producen excitaciones, sensaciones de alegría y alucinaciones. En el circulatorio, taquicardia y palpitaciones; en el urinario, nefritis y hematurias. Hay anemia y adelgazamiento.

Como por el opio y la morfina, nada ni nadie puede detener a las víctimas de esta pasión para procurarse la provisión diaria. Por esta razón el hashish se vende a precios exorbitantes, pagándose hasta una libra esterlina por un cigarrillo.

Como los traficantes clandestinos de este veneno del cuerpo y del espíritu carecen de todo vestigio de piedad, renuevan los procedimientos históricos de los hashichins y obligan a sus víctimas a cometer crímenes espantosos por el precio de la mercancía. En algunos procesos sensacionales que han tenido lugar en los Estados Unidos, se ha rebelado el lado trágico y peligroso de este vicio que viene dominando a la juventud desde hace más de diez años.

\* \* \*



Algunos investigadores han creído que las razas aborígenes de México conocieron y usaron la marihuana. Sin embargo, en los textos de historia conservados no hay ninguna planta que tenga un parecido lejano a la que nos ocupa.

La marihuana pudo ser importada de España, donde el cáñamo se empleaba como planta textil, aunque eran desconocidas sus propiedades embriagantes, y sólo como planta productora de fibras pudo ser enviada, pero no se cita en ninguno de los estudios hechos sobre las plantas que se aclimataron en la Nueva España.

El sabio alemán Humboldt, que como es sabido vino a México con propósito de estudios, en su «Ensayo Político de la Nueva España», sugiere lo conveniente que sería introducir en este país el cáñamo de la India, lo cual quiere decir que en su época (último del siglo XVIII) no existía en México.

Lo más probable es que la planta fuera introducida en México a principio del siglo pasado, por algún dato recogido, pero no es hasta este siglo y posteriormente a la Revolución cuando se hace su difusión en toda la República, trascendiendo hasta una canción ferrocarrilera que modifica sus estrofas volviéndose un canto guerrero (La Cucaracha).

Una vez conocida la planta en México, no ha cesado de hacer los mayores estragos en la población, sin que hayan resultado eficaces las medidas tomadas para impedirlo. No hace mucho días, en este pueblo vino a visitarme un joven en un estado de inquietud extraña, y me manifestó que desde que había fumado unos cigarrillos de marihuana se encontraba en aquella situación, rogándome que le restituyera a su estado normal, pues parecía que estaba enloquecido. Entonces supe que el uso de la marihuana estaba bastante generalizado en la población, sin que las autoridades intervinieran, a pesar que les habían denunciado el lugar donde se vendía la droga: la taberna en la que más se consumían alcoholes adulterados. De aquella taberna habían salido varios individuos imbéciles, a causa de los tóxicos ingeridos, que hacían una vida vegetativa, marchando de un lugar a otro sin ningún objetivo, siendo campesinos jóvenes que hubieran hecho una labor útil en tantos campos como hay sin cultivar.

Uno de los lugares donde más se hace el contrabando de la marihuana es en la Penitenciaría de la capital de México, donde hay numerosos individuos acusados de robos y de asesinatos. Con frecuencia refieren los periódicos las tretas de que se valen los presos para recibir la hierba apetecida, y más de una vez ha sido con la complicidad de los celadores, que no tardaron en ser destituidos.

Como el contrabando de la marihuana produce pingües ganancias, hay mucha gente empleada en tan infame tráfico. Por otra parte, se hacen numerosos cultivos en los lugares más apartados de la sierra, hacia el norte del país; una policía numerosa trata de descubrirlos. Como este tráfico representa valores considerables, con frecuencia hay sangrientos choques entre policías y contrabandistas con bajas de ambos lados. El contrabando se hace en todo México, pero una buena parte de los productos se introducen en los Estados Unidos, donde los pagan a precios exor-

bitantes, creando una situación alarmante que ha dado lugar a la fundación de casas de reclusión para tratar a estos locos peligrosos.

En México el marihuano es considerado como un hombre temible, capaz de cometer toda clase de crímenes y por eso la gente le huye.

En efecto, con frecuencia se describen en los periódicos crímenes espeluznantes cometidos por individuos dominados por el vicio de la marihuana, aunque creo que su estado de locura depende de otras causas, entre ellas las bebidas alcohólicas. En el fondo son analfabetos con cerebros anquilosados, como lo fueron sus ascendientes.

Tiempo atrás bajaron en esta estación de ferrocarril cuatro cadáveres, uno era un marihuano, que sin motivo alguno se puso en el tren a matar a las personas que le rodeaban, siendo a su vez muerto por los soldados de la escolta.

En un rancho vecino, llamado «El Mulato», se encontraba la gente reunida para celebrar una fiesta. De improviso se presentó un marihuano y descargó su rifle sobre el grupo resultando varios heridos que vinieron a que yo les curase. Entre ellos se encontraba la madre del marihuano con el pecho atravesado por una bala. El autor de los crímenes, después de haber agotado los cartuchos de su rifle, desapareció en la selva como un fantasma, sin que se haya sabido nada de él.

Otro individuo, alcohólico y marihuano, que llegó a su casa en el momento en que su mujer daba a luz y después de recriminarla por traer una carga a la casa, le rompió el cráneo con un martillo. Murió la madre cuando nació el niño. Aquel loco quería criar a su hijo con café solo, y como llorase mucho decidió matarlo, quemarlo y enterrar las cenizas en el suelo terrizo de la casa. Unos vecinos que se dieron cuenta de las intenciones del demente se lo arrebataron y me lo trajeron en un estado esquelético que horrorizaba.

En una ciudad del Estado de Zacatecas, hice la autopsia a una mujer a la que su marido, alcohólico y marihuano, le había dado treinta y seis puñaladas, tres en el corazón. Cuando fui a la cárcel, llamado por el matador, me recriminó indignado que hubiera tardado tanto en asistirle, cuando su mujer ya no tenía remedio.

Hace pocos días se leía en los periódicos de la capital de México el relato de un crimen espantoso, cometido por un marihuano. Se escapó de una casa de salud, donde su madre lo había recluso para curarse, buscó a la autora de sus días y le cortó el cuello, muriendo la infeliz en el acto. No creo necesario seguir contando estas historias interminables, cometidas por la peor de las fieras, el hombre loco por su culpa y por la culpa de la organización social en la que vivimos.

\* \* \*

No hay nada tan inestable como el cerebro de muchos hombres, que sin cesar oscila entre los límites de la razón y los de la locura.

Pedro VALLINA



# TRES MIL AÑOS DE TERROR MILITAR

## El pillaje y la destrucción de civiles a través de los siglos

**H**EMOS dado en los números precedentes, siguiendo un orden cronológico, una relación bastante sugestiva, aunque incompleta, de las hazañas militares en civilizaciones que fueron grandes, en ciertos aspectos que nada debían a los hechos guerreros: las civilizaciones de Caldea, Persia, Asiria, Egipto, Grecia y la Roma pagana o católica.

Continuando trabajando en esta materia de una atroz riqueza, vamos a citar aún, en las notas que van a leerse, escenas de saqueo, masacres, torturas y destrucción de civiles. Siempre inseparables de las hipócritas costumbres de la gente militar, estas abominables escenas continúan con la misma frecuencia, bajo el reinado pretendidamente bondadoso de los «buenos reyes Dagoberto» y los Carlomagno, y van a repetirse durante los ocho siglos que vamos a describir, tan a menudo como plazca a los «ilustres capitanes» entregarse a los pasatiempos de la guerra. — S. V.

Por aquel tiempo, los ávaros se habían preparado de nuevo. Se lanzaron sobre el Friul para saquearlo. La antigua ciudad romana Forum-Julii fué enteramente devastada en 610. Además de un botín inmenso, los ávaros se llevaron prisioneros a todos los habitantes que lograron escapar de la masacre: hombres, mujeres, niños, en número considerable, a los cuales prometieron buenas tierras en las orillas del Drave y del Danubio, más allá de los Alpes... Pronto se dieron cuenta que aquella multitud dificultaba su marcha y contenía su peligro debido al número de válidos que en ella había. Decidieron entonces matar a los hombres y repartirse por lotes iguales a las mujeres y niños entre los soldados. (Paul Diacre, L. 4, p. 38.)

El «buen rey» Dagoberto, respaldado por su ministro de Estado, Saint Eloi, ha dejado una buena reputación, de la que se desprende que tenía un carácter dulce y agradable. Algunas crónicas le han dado aun el nombre de santo, así como a varios reyes de su raza. «Debemos confesar que eran extraños santos», dice el abate Longuerue, quien añade: nada en verdad valían. El «buen rey» Dagoberto es, en efecto, el autor de una cruel perfidia contra los búlgaros que, expulsados por los ávaros, habían venido a demandar asilo a ese «Salomón de los francos». Primero, los dispersó entre los bávaros, pero, fastidiado por la gran multitud de ellos los hizo degollar en una sola noche. De diez mil personas, en su mayoría mujeres, niños y ancianos, sólo se escaparon setecientas, que se refugiaron entre los vándos de Carintia. (Fredegaire: CHRONIQUES y GEST. DAGOBERTI, 28.)

En 668, luego de innumerables devastaciones, las hordas hunas se apoderaron de Fluvius, perla de Lombardía. Destruyeron y pillaron esta región floreciente con implacable rabia, incendiando las cosechas, cortando los árboles, demoliendo las casas y reduciendo a los habitantes a la servidumbre, cuando no los masacraban. (Paul Diacre, L. 5, p. 20.)

Los sarracenos, por su parte, no se quedaban inactivos. Se les atribuyen numerosos pillajes antes del saqueo de Autun en 725 y de Brioude en 732 que fueron ejemplares. Charles Martel, que salvó a la civilización cristiana aplastándolos, no era tampoco enemigo de esos alegres ejercicios. En 737 ocupó la ciudad de Avignon habitada entonces por los moros y, en pleno pillaje, los habitantes fueron todos acuchillados (Ph. Le Bas: DIC. HISTOR., t. 12, página 316.)

El famoso Carlomagno que, también él, salvó a la cristiandad en 768, no hacía la guerra con menor celo. Hizo a los aquitanos—narra su historiador—, una guerra cruel, destruyendo metódicamente sus campos, quemando sus mieses, arrancando sus viñedos y sus árboles frutales. (Ph. Le Bas: DIC. HISTOR., t. 4, p. 529.) Entre 768 y 800, este devoto destruyó cientos de miles de individuos de raza sajona, transportó un gran número de supervivientes a la alta Germania, reemplazándolos por germanos; arrasó las ciudades de Vinet, Julin, Bardewic y Lunebourg, y destruyó su comercio con Noruega, Suecia, Rinlandia, Rusia, Gran Bretaña e Islandia. Para justificar este exterminio las crónicas monásticas francas, presentan a los godos como a un montón de piratas y destructores; pero la tranquilidad y la prosperidad de las ciudades góticas, las grandes ferias Holmgard, Gardariki, Eistland y otros lugares, como la organización de la Hansa pagana que, varios siglos antes del establecimiento de la Hansa cristiana, monopolizó toda la actividad marítima de la Europa septentrional y occidental, demuestran con facilidad lo contrario. A. Del Mar: THE HISTORY OF MONETARY SYST.)

Eginhard, en sus Anales, invoca además, más recíprocamente en las relaciones de «malos vecinos». Nuestras fronteras, dice, confinaban casi por todas partes con las de los sajones, en el «país llano»; por esto, se veía la muerte, el pillaje y el incendio renovarse sin cesar, tanto de un lado como del otro.

Fueron también las tropas de Carlomagno las que masacraron, en 791, a las poblaciones refugiadas en las islas del Danubio, principalmente en la de Csallokozi, entre las desembocaduras del Vaag y del Raal. Los habitantes, hombres, mujeres y niños que escaparon a la masacre, fueron reducidos a la esclavitud. (BELIUS NOTIT. NOV. HUNG., t. 1.)

El 14 de mayo de 841, los normandos conducidos por Ogier, el danés, asediaron la ciudad de Rouen. Pillaron e incendiaron la ciudad, luego de haber degollado a los sacerdotes y a los habitantes. Sin embargo, el célebre benedictino Dom Bouquet es indulgente al historiar los acontecimientos, por motivo de que, milagrosamente los bandoleros habían respetado las reliquias de Saint-Ouen y los otros «cuerpos santos» de la ciudad. (RECUEIL DES HISTORIENS DES GAULLES, t. VII.)

Hacia 886, el hijo de Basilio el macedonio, el emperador de Oriente, León VI, llamado «el sabio» luchó contra los



húngaros, búlgaros y sarracenos. Se alió con los turcos que, a sangre y fuego, arrasaron cuantos lugares tomaron, capturando inmensas riquezas e hicieron un gran número de prisioneros que fueron vendidos a León «El Sabio». (P. X. de Feller: *DIC HIS.*, t. 7, p. 412.)

En 899, una espantosa invasión de húngaros aterrizó a los pueblos «civilizados». Saquearon la Panonia, la Carintia y el Friul; en 900, penetraron a «fuego y sangre» en el corazón de la Baviera y descendieron hasta Italia. Llegando hasta Francia, sus bandas infestaron la Lorraine, Alsace y Bourgogne, y cometieron crueldades salvajes, hechas fabulosas por las exageraciones del miedo. Se cuenta que se bebían la sangre de los prisioneros y se les comían el corazón. No era verdad, pero los saqueos, muertes y violaciones que acompañaban a su paso, hicieron reinar tal espanto que un grito de indignación se elevó de todos los lugares de Europa contra el rey Arnulf, que había traído tan extraños aliados al sur de los Cárpatos. Un escritor lombardo, haciéndose eco de tales cóleras escribe: «Oh Arnulf, eras un hombre entre los hombres... pero has descendido más bajo que los más viles animales. Los feroces huéspedes de los bosques, las aves de rapiña, las serpientes... los monstruos cuyo solo aspecto es funesto, no perjudican a sus semejantes; viven en mutua paz y concordia; no se les ve entrededorarse. Y tú, hecho a imagen de Dios, has desencadenado la destrucción del género humano». (Luitprand: *Hist.* cap. V.)

La historia de los húngaros, que no es menos «gloriosa» que la de otras naciones, tiene, en efecto, páginas algo atroces, como las que relatan las curiosas hazañas de Bulchu, apodado Vu Bulchu (Bulchu el malo), héroe que, según el historiador Simon Keza, hacía quemar vivos a todos los alemanes que encontraba, hombres o mujeres, porque los alemanes habían hecho perecer a uno de sus antepasados en la batalla de Crimhilt.

Hacia 1035, Guillermo el conquistador, duque de Normandía, trató a los ingleses vencidos con la más grande dureza. Apasionado de la caza, hizo destruir veintiséis pueblos, en una región de treinta millas, para hacer un parque e instalar en él bestias salvajes. Habiéndose rebelado los habitantes del Northumberland, Guillermo arrasó a sangre y fuego ese país, que se convirtió en vasta soledad. La historia lo ha perdonado mucho, a causa del celo que mostró por la religión. (A. Duchesne: *HIST. NOMANORUM*, script. ant.)

Fué en ese mismo siglo XI, que las naciones occidentales, demasiado empobrecidas, resolvieron invocar el pretexto religioso, para hacer la guerra allende los mares. Al grito, pues, de «Dios lo quiere», se pusieron en marcha las primeras bandas. «Llegados a Hungría, comenzaron sus abominables excesos, cuenta Gilbert de Nogent. Empujados por un furor implacable, incendiaban los graneros públicos; raptaban a las jóvenes y se libraban a toda clase de violencias; deshacían los casamientos violando a las esposas, arrancando o incendiando la barba de los esposos. Cada soldado vivía como podía, matando y pillando con gran cinismo, el cual extendieron hasta Turquía... En 1098, el programa fué realizado. Los cruzados, que contaban la élite del mundo civilizado—entre los que figuraba Tancredo, el héroe de Tasse—atacaron Antioquía y el Antakieh, en otros tiempos muy floreciente, en tiempo de los selucios. La matanza fué horrible y más de diez mil personas de toda edad y de ambos sexos fueron masacrados.» (Ph. Le Bas: *DICT. ENCYCL.*, t. 9, p. 345.)

En todo el país los cruzados cometieron actos horribles, principalmente en los alrededores de Nicea, en donde cortaron a pedazos a los niños, a golpe de hacha. A otros los asaron, cometiendo toda clase de atrocidades contra las personas mayores. Y. Lefevre: *PIERRE L'ERMITE ET LA CROISADE*.)

Cuán grandes hubiesen debido ser, luego de tan horribles

hechos, los remordimientos de los trece obispos y los 205 prelados que habían aprobado el concilio de Clermont, en donde el papa Urbano II había dicho, imprudentemente, volviéndose hacia los barones y señores: «Ya que tanto ardor tenéis para la guerra, he aquí algo que aplacará todas vuestras violencias; ya que precisáis sangre derramada la sangre infiel.» (ANNALES ECCL. t. I, p. 172.) Pero papa, arzobispos, obispos y prelados no creían que los infieles pudiesen ser considerados como hombres. No se protestó contra esos crímenes, aceptando la complicidad de actos que no tuvieron en realidad, una causa en el fanatismo religioso, sino en las mismas costumbres de la guerra.

En 1144, Zengui, sultán de Massoul, celoso de los laureles de los caballeros cristianos, asedió Edesa. «Entonces la soldadesca se emborracha con la sangre de los ancianos y los niños, los pobres y los ricos, las vírgenes, los obispos y los ermitas...» (Du Cange: *HISTOIRE INEDITE DES ROYAUMES ET PRINC. D'OUTRE-MER*.)

\*\*\*

Nacida en el terror de los pillajes hunos del siglo V, la república de Venecia no se había contentado con su grupo de islas perdidas en las lagunas. Había conquistado por la guerra regiones muy alejadas. En 1148, los venecianos aliados al emperador griego Manuel Commene, tomaban posesión de Corfú, renombrada isla por la calidad de sus vinos y la abundancia de sus frutos, mientras que el resto de su ejército saqueaba Sicilia. Las cosechas y las casas fueron incendiadas, las plantaciones destruidas, los habitantes degollados. (Daru: *HIST. DE LA REPUB. DE VENISE*, t. 2.)

Hacia esta época, Louis VII, llamado el joven, a quien combatía Thibaut, duque de Campagne, saqueó a sangre y fuego la ciudad de Vitry-en-Perthois. Ni los mismos templos fueron respetados, dice la crónica, y 1.300 personas refugiadas en una iglesia, perecieron como las otras, devoradas por las llamas. (X. de Feller: *DICT. HIST.*, t. 7, página 534.)

En 1195, los templarios se instalaron en la isla de Nicosia. Fatigados de ellos, los griegos los asaltaron en su castillo. Pero el día de pascuas «después de haber participado en las santos misterios», los asediados hicieron una salida victoriosa. Fué una carnicería que duró todo el día. Los templarios no dejaron en Nicosia ni mujeres ni niños. (Ph. Le Bas: *DICT. ENCYCL.*, t. 22, p. 643.)

Ocurren a veces intervenciones aliadas que sólo hacen aumentar los horrores de la guerra. La toma de Constantinopla, en 1203, por las tropas de Beaudouin IX, conde de Flandes, llamado Isaac el Angel, es de ello un ejemplo. «La ciudad fué presa de la avaricia y la licencia de la soldadesca esparcida por todos los barrios; las habitaciones de los ciudadanos, los almacenes, los palacios, las iglesias, fueron saqueadas sin miramientos humanos y sin respetar la santidad de los lugares.» (Daru dixit.) Los historiadores que más cuidadosamente han evitado la exageración en el relato de estas desgracias, evalúan en dos mil el número de víctimas a la llegada de los vencedores y los excesos posteriores. Los soldados, después de haber pillado las casas particulares, amenazaban o torturaban a los propietarios, para arrancarles la confesión de algún tesoro escondido. En su huida, los ricos se camuflaban con harapos, para asegurarse mediante el disfraz de la indigencia, los padres cubrían de lodo el rostro de sus hijas a fin de liberarlas de la brutalidad de los soldados.

«Al lado de las escenas de dolor, el pillaje ofrecía otras bien horribles y risibles. Los «soldados de la Cruz», rompían los pedestales de los santos, violaban las tumbas, rompían los tabernáculos, profanaban los vasos sagrados, dispersando lo que la religión estimaba por más venerable, arrancando los adornos de plata de santa Sofía y, para llevarse sus despojos, profanaban los santuarios con caba-



llos.» (Daru, loc. cit: HIST. DE LA REPUBL. DE VENISE, tomo IV, p. 7.)

En 1213, Felipe Augusto, fundador de la Universidad, bien conocido por sus virtudes, se lanza sobre Flandes con una rabia devastadora. Sus tropas incendian Dam, saquean Ypres, Oudenarde, Courtrai, Douai. Cassel fué desmantelada, Lille quemada y sus habitantes dispersados o vendidos. (Ph. Le Bas: DIC. ENCYCL., t. 8, p. 117.) El 23 de julio de 1214, «día de la fiesta de María Magdalena», irrumpió de nuevo en las llanuras flamencas y, siguiendo la expresión de su historiador, las saqueó «realmente.» (G. Le Breton en LES HISTORIENS DE LA FRANCE, t. XVII, página 94.) Estas devastaciones duraron un mes...

En 1280, Carlos d'Anjou, reinando por el terror en Sicilia ocupada por la violencia, ya no se veían, narra el autor contemporáneo Saba Malaspina, ni fiestas ni danzas ni canciones... No se podía vivir ni morir en paz... Es de esta época de la que habla Dante cuando dice: «Italia era una hostelería del dolor, bajel sin timón en plena tempestad...»

Las tropas del emperador Federico de Alemania, habían ya diezmado otras partes de Italia. Se cita que en 1250, Verona fué saqueada por los soplones de Eccelino de Romano, mercenario del emperador, que hizo perversidades que parecen pasar el límite de la perversidad humana, mutilando, cegando a los niños ante los ojos de sus madres, cortando la nariz y los senos de las jóvenes. (R. Peyre: PADOUE ET VERONNE.) Con Carlos de Anjou, la situación era muy penosa en Italia, en donde el pueblo estaba fatigado hasta el paroxismo de ser tratado como rebaño. Virulentos panfletos circulaban entre los franceses, denunciando todos los crímenes que habían cometido desde su llegada.

Guillermo el Etendart, uno de los ejecutores de las venganzas reales, había dejado un peligroso fermento de odio en todos los corazones, por la ejecución de la pequeña ciudad de Agusta. Ordenó que todo pereciese, sin distinción de edad o sexo. No se mató solamente en las calles y en las encrucijadas, sino que se persiguió a las infelices víctimas hasta en las casas, graneros y cisternas... No quedó un alma viva en la ciudad. (J. Zeller: EPISOD. DE L'HIS. D'ITALIE, p. 24.)

El 30 de marzo de 1282, los sicilianos habían sido duramente oprimidos, y se vengaron con una crueldad que nada justifica ni hace justificable. No perdonaron a ningún extranjero y todo lo que se encontraba en su isla fué degollado sin misericordia, exceptuando, sin embargo, a dos personas: un provenzal, Guillermo de Porcellets quien, en su gobierno, se había hecho querer por su moderación y su equidad. El otro, Felipe Scalambre, gobernador del valle de Nassa, quien había adquirido una gran reputación de sabiduría. Mujeres, que los franceses habían tomado como esposas, y que en su vientre traían el peso de la fecundidad, fueron desventradas y sus hijos, arrancados de sus entrañas, se lanzaron a los perros, a fin de que en la tierra de Sicilia no quedase nada de una raza maldita y exterminadora. (Ph. Le Bas: DICT. ENCYCL., t. 12, p. 859.)

En 1301, es Carlos de Valois, uno de los «más grandes capitanes de su tiempo», el que ocupa Florencia. Organizó el saqueo de las casas y luego el incendio; la casa de Dante se encontraba entre ellas. Seiscientas personas fueron deportadas. Otras, entre las que se encontraba Dante y el padre de Petrarca, fueron condenadas a pagar elevadas sumas. (Sismondi: HIST. DES REP. ITALIENNES, t. XI.)

\*\*\*

En 1335 nace Tamerlan; la leyenda asegura que vino al mundo con las manos cerradas y llenas de sangre. Esta imagen oriental fué seguramente justificada por la crueldad con la cual hizo perecer a más de 80.000 habitantes de Bagdad, que intentaban sublevarse contra la ocupación tártara. Masacró también a los habitantes de Sebastia, Damasco y Alep, exceptuando a los principales ciudadanos que hizo morir

en los suplicios. (Achmed Arabehad: HISTORY OF TIMUR-LENG.) (1)

El año 1339 marca una fecha famosa en la historia de las guerras. Felipe VI, llamado el Osado, alquila los bajeles españoles, veinte galeras de Génova y veinte de Mónaco, junto a cuanto pudo encontrar como navíos franceses. Dió el mando de esta flota a Hugues Quieret, almirante de Francia, quien atacó una mañana de sorpresa el puerto de Southampton, masacró a los habitantes y se reembarcó cargado de botín. (Ph. Le Bas: DIC. ENCYCL., t. VII, p. 490.) Esta hazaña fué el principio de un conflicto que debía durar un siglo, en el suelo de Francia.

En 1342, durante la querrela suscitada por la sucesión de Bretaña, las tropas de Luis de España marcharon sobre Guirande. Los españoles tomaron la plaza a pesar de la viva resistencia de los asediados y nadie escapó a su furor. Las mismas iglesias fueron incendiadas; sus ruinas aplastaron a los que se habían salvado momentáneamente. Hubo ocho mil víctimas entre la población civil, que ya no pudo levantarse más. (Ph. Le Bas: DIC. ENCYCL., t. IX, p. 170.)

1366: los venecianos destruyen Candia, que se había rebelado contra su dominación. Luego de tanta sangre derramada en los combates, se regó con ella los cadáveres. Casi todos los promotores de la rebelión fueron decapitados; mujeres y niños perecieron también. (Daru: HIS. DE VENISE, tomo II.)

1384: Courtrai es reducida a cenizas por las tropas francesas y los habitantes masacrados o reducidos a cautiverio. Esta «operación» tenía por fin prevenir una insurrección posible que habría, dice Froissart «destruido y borrado toda caballerosidad y gentileza, y por consiguiente tanta cristiandad.» Desde hacía muchos años resistía Flandes con insistencia. El país llamado de «los cuatro oficios» fué horriblemente destruido; se mataba todo, las mismas mujeres y los niños; a veces, los prisioneros se negaban a vivir, diciendo que después de su muerte, sus mismos huesos se levantarían para combatir a los franceses. (Lavalle: HISTOIRE DES FRANÇAIS, t. II.) Si el odio de los flamencos era grande contra los franceses, el que éstos tenían contra los ingleses no era menor. Fué hacia 1400 cuando el poeta Eustache des Champs, el mismo que Cristina de Pisan llamaba su querido maestro y amigo, compuso esta balada anglofoba:

*Según el Bruto, de la isla de los gigantes  
Que desde Albión llamada  
Pueblo maldito, confieso al Dios creador,  
Será la isla por doquier desolada...*

Pero el odio no se expresaba solamente por la pluma de aquel lejano precursor de Henri Béraud; tomaba también

(1) El imperio de los mongoles se extendió, desde su capital Karakorum, al norte del desierto de Gobi, hasta Corea, Siberia, China, Tibet, norte de India, Persia, Turquía y toda la Europa hasta Holanda y Suiza. Destrucciones, saqueos y muertes fueron innumerables. Tamerlan o el Gengis Kan, practicó la guerra total. Por eso ha sido admirado por los guerreros de nuestros tiempos, desde el estado mayor nazi hasta el yanqui. En alemán existen cinco gruesos tratados sobre el sistema militar del gran mongol. El general Douglas Mac Arthur escribió: «Si se borran de las páginas de la historia los relatos de todas las batallas que en el mundo se han dado, menos los de las que libró Gengis Kan, todavía les quedaría a los hombres de armas un veneno de incalculable riqueza de donde extraer granos del más acendrado oro del arte militar.» (Citado por Edwin Muller: «Gengis Kan, precursor de la guerra total.» Revista ASIA. 1942.) (N. del T.)



formas más activas como en 1403, en que, dice un cronista (Monstrelet: CHR., L.I, c. 15) «el mariscal de Francia y los maestros arbalastrieros reunieron 12.000 combatientes, los cuales tomaron el puerto de Harefort, en Inglaterra, saquearon las casas, destruyendo todo el país a fuego y espada.»

En el mismo tiempo (1403), el mariscal Boucicault, fué a las costas de Siria y se presentó delante de Berita. Los venecianos, que tenían un contador importante en aquel puerto, se alarmaron mucho, y enviaron un emisario a bordo del bajel mariscal, para que la ciudad no fuera saqueada. Boucicault los tranquilizó con buenas palabras; pero no tardó mucho en desembarcar y tomar la ciudad: fué saqueada, las riquezas de los venecianos pilladas y un mariscal de Francia trató a Berita como Tamerlan había tratado a Azov (Daru: HIS. DE VENISE, t. II).

\* \* \*

1418: la guerra entre venecianos y las tropas del patriarca de Aquileo reviste particularmente un carácter cruel. Se cometen de ambos lados cuantiosos daños y represalias aún más horribles. El general del patriarca hizo matar a los saqueadores. El general veneciano creyó vengar su ejército cortando la cabeza de 50 campesinos, hombres y mujeres, en los alrededores de Udina. (Daru: HIS. DE VENISE, t. 2.)

En 1421: el rey de Inglaterra asedió Meaux. La guarnición de esta ciudad, que desde hacía mucho tiempo comecía cuantiosos daños por los alrededores, era mandada por «valientes» caballeros. Era el más renombrado el bastardo Vaurus, cuya intrepidez y ferocidad era conocida desde lejos. Al cabo de siete meses la ciudad fué tomada. Todos los ingleses, escoceses e irlandeses que se encontraban en Meaux, con los franceses, fueron colgados. Todos los habitantes fueron expulsados o encarcelados y sus bienes, muebles e inmuebles, confiscados. (Ph. Le Bas: DIC. ENCHCL., t. X, página 649.)

En 1435: los ingleses se apoderaron igualmente de Saint-Denis. Desde que fueron los amos de la ciudad, para vengarse de los habitantes y no tener cerca de París una ciudad en donde podrían esconderse sus enemigos, saquearon

las casas, demolieron los muros e hicieron de aquel lugar una simple aldea campestre. (De Barante: HIST. DES DUCS DE BOURGOGNE, t. XII, p. 96.)

1447: la ciudad de Dole, Franco-Condado, entonces provincia española, es tomada por los franceses sorpresivamente. Fué, dicen los historiadores, un día terrible para esta ciudad que se llamaba la alegre y que se la conoció de nuevo con el nombre de «doliente». Los habitantes fueron masacrados, los muros arrasados y las casas quemadas. Varias ciudades, como Poligny, Salins, etc., fueron tratadas con la misma crueldad. La provincia perdió la mitad de sus habitantes. (Ph. Le Bas: HIS. ENCYCL., t. VIII, p. 451.)

\* \* \*

El 24 de marzo de 1449, la ciudad de Fougères es asaltada por Francisco de Surienne, aventurero aragonés, al servicio de Inglaterra, que proveía su subsistencia por la violencia. Aquella ciudad era entonces rica y muy comercial, pues se había aprovechado de las largas miserias de sus vecinos. Los aventureros pillaron hasta las iglesias, mataron a muchos ciudadanos, violaron muchas mujeres y, acampado allí, empezaron a devastar la región. Surienne pasó luego al servicio de Francia, sin que se le demandasen cuentas por sus hazañas. (Ph. Le Bas: DIC. ENCYCL., tomo VII, p. 253.)

1466: Treinta mil franceses castigan a la ciudad de Dinant, que no quería someterse. La guarnición, espantada, huye. Los habitantes se rinden a discreción. Abren ellos mismos las puertas de la ciudad. Al entrar las tropas, esta infeliz ciudad fué saqueada durante tres días y luego se la incendió. Las mujeres y los niños fueron expulsados desnudos. Ochocientos habitantes, atados de dos en dos, fueron precipitados a la Meuse. (Ph. Le Bas: DIC. ENCYCL., tomo VI, p. 552.)

S. VERGINE

(Trad. Vladimir Muñoz.)

(Continuará.)

# LA EDUCACION DEL HOMBRE

## 5. — LOS PADRES Y EL NIÑO



El primero y más importante paso de la educación es dado en el círculo de la familia. Esto que ha sido siempre y en todo momento comprendido por la Iglesia Católica, sólo recientemente se le ha dado carácter «científico» por medio del psicoanálisis. Sólo una tradición de educación que por siglos ha contribuido a cultivar la virtud intelectual a expensas de la virtud moral pudo haber ignorado tan importante consideración. Los exponentes de esa tradición que usualmente no han tratado con niños hasta que éstos han alcanzado una edad de siete u ocho años, han intentado entonces, y a menudo en vano, «moldear el carácter» de aquellos confiados a sus cuidados; pero la verdad es que «los pequeños seres humanos son frecuentemente productos terminados dentro de su cuarto o quinto año, y sólo poco a poco

revelan en años posteriores, lo que yace encerrado en ellos». (Freud, «Introductory Lectures on Psychoanalysis, 1922, p. 298.)

No es posible estudiar las implicaciones del psicoanálisis sobre la educación sin llegar a convencerse de que ellas son de capital importancia y que es baladí el discutir las teorías de la educación para la segunda etapa de la vida del niño hasta que hayamos tomado medidas razonables para la primera fase durante la cual el niño aun es dependiente de los padres y en que encierra el peligro de la enfermedad neurótica... La educación tiene que abrirse paso entre el Scylla de dar paso al libre juego de los instintos y el Charybdis de frustrarlos todos. A menos que el problema sea enteramente insoluble, ha de existir una gran parte abandonado a sus cuidados. El que este cuidado esté inspirado a menudo por un favor desinteresado no es una garantía suficiente de su eficiencia. Los niños, psicológicamente hablando, pueden ser echados a perder por medio de la benevo-



lencia o el «mimo». En nuestra presente civilización hemos de enfrentarnos con una situación que ha llegado a ser una hipocresía sistemática organizada por neuróticos, y dentro de este sistema entran los niños no armados de fuerza y resistencia, sino condenados a la conformidad.

Por sus impulsos está predestinado a imitar o a identificarse con algún adulto en el círculo de la familia, prácticamente con el padre o la madre. Pero este lazo emotivo no es una elección simple para el niño. El muchacho puede desear ser tan grande y tan fuerte como su padre, pero al mismo tiempo él ama (y en sentido muy real) a su madre. Gradualmente este muchacho empieza a darse cuenta de que su padre se interpone entre él y su madre. Su identificación con su padre toma entonces lo que llama Freud «un color hostil» y llega a identificarse con el «deseo de reemplazar a su padre por lo que respecta a la madre». El niño, en sus primeros años, por tanto, se encuentra en una encrucijada de reacciones instintivas que envuelven amor y odio hacia el mismo objeto. Esto conduce naturalmente a un estado mental de inseguridad o ansiedad, y dado que el instinto básico en la vida es el de proteger nuestra propia vida (vivir seguro y lleno de gozo), existe igualmente un instinto natural que conduce a reprimir ese odio y reacciones que conducen a la discordia y a la infelicidad. Pero el psicoanálisis ha demostrado que un instinto nunca es reprimido sin buscar inconsciente compensación. No podemos, en este corto tratado sobre un tema general, ir muy lejos en los detalles de todos los procedimientos, psicológicos envueltos: baste decir que el psicoanálisis busca en esta posición general del niño una explicación satisfactoria de todos esos impulsos agresivos, celos, mal genio, malas costumbres y egoísmo, lo cual es peculiar objetivo de la educación moral, el reprimir o reformar.

El educador debe preguntar hasta qué punto puede contentarse con esta situación a fin de que el desarrollo de estos impulsos agresivos pueda ser previsto y controlado. A esa pregunta los psicoanalistas no han dado una respuesta muy definida. Freud mismo parece despreciar el análisis de los niños normales. Tal profiláctica contra enfermedades nerviosas «presupone una estructura completamente diferente de sociedad. La aplicación del psicoanálisis a la educación debe ser considerado hoy día en una dirección completamente diferente». Y después continúa dando una definición de la educación que a muchos de sus partidarios les ha parecido reaccionaria. «Démosnos cuenta clara de lo que representa la cuestión de la educación primaria. El niño tiene que aprender a controlar sus instintos. Concederle completa libertad para que obedezca a todos sus impulsos sin restricción alguna, es imposible... La función de la educación es mostrar, prohibir, reprimir; y en todo momento ha llevado a cabo esta función admirablemente. Pero nosotros hemos aprendido a través del psicoanálisis que es precisamente esta misma represión del instinto la fórmula viable de educación que haga el mayor bien y el menor mal posible. Es cuestión de buscar y encontrar cuanto puede uno prohibir, en qué momento y «por qué métodos». Y después debe consi-

derarse que los niños están además dotados de disposiciones diferentes, de forma que el mismo proceso de educación no puede ser bueno para todos los niños.» (New Introductory Lectures, 1933.) A continuación, en el mismo párrafo, Freud enumera la tarea del educador como sigue:

- a) Reconocer o darse cuenta de la constitución característica de cada niño;
- b) Adivinar o deducir de las más ínfimas indicaciones, qué es lo que pasa en su aún no formado cerebro;
- c) Darle la cantidad de afección necesaria y al mismo tiempo;
- d) Preservar un grado de autoridad efectivo.

Este acceso a la primera fase de la vida del niño nos ha conducido fuera del círculo de la familia; al campo general de la educación. Pero de esta misma breve consideración del problema se desprende claramente que la relación primeramente establecida entre los padres y después hecha extensiva al círculo de la familia, es fundamental. Junto a la disposición innata del niño (su temperamento físicamente determinado), este primer paso del desarrollo e iniciación controla sus pasos posteriores. Si la conducta de los padres hacia los hijos dependiera de la enseñanza de una técnica (como se supone que es la conducta del maestro) la situación del género humano sería desesperada. Afortunadamente a este respecto los padres sanos están guiados siempre por instintos sanos y el amor mutuo entre padres e hijos puede curar y prevenir las heridas a que todos estamos propensos. Pero en la mayoría de los casos en el mundo moderno los padres no son sanos: participan de una vasta neurosis social que tiene varias causas y varios efectos, pero que es debida esencialmente a esa represión de los impulsos sexuales demandada por nuestra civilización moderna. De esto se sigue que la reforma de la educación no puede ser nunca cuestión departamental: es el hombre entero el que está enfermo espiritualmente y no podemos curarle reprimiendo éste o aquél aspecto de su existencia diaria. Al mismo tiempo es demasiado optimista el presumir que una revolución social particular llevará en sí todas las reformas necesarias. Es la relación del hombre con la sociedad la equivocada y ninguna de las formas de sociedad hoy en existencia o en perspectiva, intentan cambiar esta relación. Los padres, la familia, la escuela, el taller, el medio local, todo esto es una realidad «física» o biológica a la cual el niño puede estar emotiva y moralmente relacionado; fuera de esto se encuentran las abstracciones de Iglesia, Estado y Nación a las cuales solamente responde la mente, una mente abierta a todas las ambigüedades de palabras, símbolos e ideales, la base de todos nuestros desacuerdos, un mundo irreal que no guarda relación con el patrón de la naturaleza.

## 6. — EL MAESTRO Y EL NIÑO.

Ni en el pasaje que he citado ni en ninguna otra parte de sus escritos, se aventura Freud a sugerir ni siquiera un trazado de un «método» acertado de educación. Pero se podrá ver que él tiende a echar la carga sobre los hombros del maestro individual:



es decir, no existe un sistema de educación psicológicamente simple y correcto, sino solamente la posibilidad de fomentar una verdadera relación entre el maestro particular y sus alumnos. Esto está en consonancia con la doctrina general del psicoanálisis que es una psicología de los individuos. (La psicología del grupo debe buscar otro nombre, tal como filioanálisis.) La suposición, desde luego, es una suposición realista, pues por mucho que pueda ser influenciado un niño por el medio particular de una escuela o por los aspectos generales de una disciplina cualquiera, el canal a través del cual esta experiencia penetra en su mente es siempre el maestro particular. Esto es debido, no solamente al hecho de que la función evidente del maestro es la de mediar entre su alumno y el mundo exterior, sino más aún a ese proceso de identificación a que me he referido ya el cual es un mecanismo psicológico cuya existencia y alcance ha sido revelado por el psicoanálisis. Esta «expresión temprana de un lazo emotivo con otra persona» (el niño con su padre, por ejemplo), pronto adquiere complejidades debido a lo que llamaríamos normalmente actitudes subjetivas (ejemplo: el deseo del niño en «ser igual» que su padre y el deseo al mismo tiempo de «dominar» a su padre). Sin perderse en detalles sobre todas las complejidades que se derivan en el círculo de la familia, es obvio que cuando el niño deja el círculo de familia, para ir a la escuela, se le presenta una nueva situación al encontrar allí otro adulto con quien tiene que poner en práctica un nuevo lazo emotivo. El resultado, en la mayoría de los casos, es una transferencia —parcial o completa— de los síntomas de identificación de padres a maestro. Incidentalmente, otros niños sufren la misma transferencia, de «diferentes» padres al «mismo» maestro, y este lazo mutuo es el núcleo del primer «grupo» en cuya unidad está propenso el niño a participar. Un grupo primitivo de esta clase es un número de individuos que ha substituído su propio y mismo objeto por su ego ideal y por consiguiente se han identificado los unos con los otros en su ego.» (Freud, *Group Psychology and Analysis of Ego*.) Esta es la situación de que ha de aprovecharse el maestro, y es precisamente una situación que requiere tacto y benevolencia infinitos. Ella degenera fácilmente, de su parte, en una actitud de dominio y de la parte del niño, en un estado de hipnótica dependencia. (El paralelo en la esfera más amplia de la política será obvio.)

Durante el curso de este cambio de absoluta dependencia e ideal de identificación con el padre, hay establecido en la mente del individuo lo que Freud ha llamado el «super-ego». El elemento «ideal» está, como anteriormente, separado del padre físico, y llega a ser la consciencia del niño en desarrollo, su facultad de observación y objetivo moral. Freud mismo ha observado que «durante el curso de este desarrollo, el super-ego también recoge la influencia de esas personas que han estado mezcladas en la crianza del niño y a quienes él ha considerado como modelos ideales». (New Introductory Lectures.) Esto da al maestro su única posibilidad para lo que se ha llamado «formación de carácter». Desgraciadamente, como también señala Freud, padres y

maestros muy a menudo están desinteresados en esta situación. En vez de enseñar a los niños una moralidad racional, «siguen el dictado de su propio super-ego». En la educación del niño son severos y exigentes. Han olvidado las dificultades de su propia niñez y se congratulan de poder identificarse al fin con sus propios padres, quienes en sus días les sujetaron a restricciones tan severas.»

En este sentido, no meramente los vicios, sino también los prejuicios y las anomalías psicológicas de los padres, son pasadas a los hijos de generación en generación.

El buen maestro es aquel que es capaz de romper este círculo vicioso y establecer una completa relación personal con sus alumnos, una relación que esté basada en el amor y la comprensión para la personalidad singular que le ha sido confiada a su custodia. Tal maestro no intentará imponer a sus alumnos las concepciones arbitrarias de «bueno» y «malo», que el niño es incapaz de sentir o comprender (y que por tanto conduce a un estado de tensión y de desunión que es origen de neurosis).

Hará caso omiso de todo el sistema de «hacer creer» con sus recompensas y castigos, sus limitaciones e impedimentos. En su lugar tratará de establecer una relación de reciprocidad y confianza entre él y sus alumnos, y una relación de cooperación y apoyo mutuo entre todos los individuos confiados a su cuidado. El maestro debe identificarse con el alumno en el mismo sentido y grado en que el alumno se identifica con el maestro, y debe esforzarse en presentar este proceso a los ojos del alumno, más consciente de lo que sería normalmente. Lo que hace falta es dar y tomar de la relación mutua. El niño tiende a crearse su parte de esta relación en el curso de su desarrollo: de parte del maestro hace falta una resolución más premeditada, pues ha de identificarse realmente con la otra persona y sentir y hacer lo que él hace. El maestro ve la situación desde ambos ángulos, el alumno desde uno solo. De esta forma el maestro progresivamente aprende a distinguir y a prever las necesidades reales del alumno, y sólo de esta forma es posible para él realizar esas tareas que Freud asigna al maestro; el darse cuenta de las disposiciones del niño, comprender su desarrollo mental, amarle y conservar autoridad efectiva sobre él.»

HERBERT READ

(Continuará.)

#### NOTA

(X). Godwin, en un ensayo «De la Obtención de Confianza», hace tiempo expresó esta verdad con palabras que aún no han perdido nada de su interés sobre lo que estamos discutiendo:

«Si un hombre quisiera poseer la máquina más poderosa aplicable al fin de la educación, si buscara el terreno donde apoyarse desde donde le fuera posible mover toda la substancia del cerebro, probablemente lo encontraría en la simpatía. Gran autoridad no es necesariamente un tópico de abuso. Un preceptor inteligente probablemente querrá estar en posesión de una gran autoridad sobre la mente de su alumno, aunque la emplee con parsimonia y modestia. El buscará por todos los medios dignos ganarse su confianza, para que los puntos de contacto entre ellos puedan multiplicarse de una forma más extensiva, para que no sea considerado por su alumno como un extraño de la corte exterior del templo, sino que su imagen misma pueda mezclarse con sus gozos y hagan de ella la compañera de sus recreos» (Enquirer, Godwin).



# Estampas de la vida vecinal española

## Un ejemplo: MONEGRILLO



CUANDO se acepta el principio de que las ideas han de ser juzgadas por resultados afirmativos y positivos, por lo que hacen prácticamente quienes las profesan más que por lo que dicen o puedan decir los teóricos más famosos; cuando se piensa que las ideas han de ser una cosa funcional y no mera teoría recetaria y futurista; cuando se sostiene el criterio de que la mejor teoría la constituyen los hechos sin vuelta atrás que realizan quienes la sostienen; cuando se conviene, con Carlyle, que la posesión de las mejores convicciones carece de valor mientras no se transforma en acción, forzoso es reconocer la gran importancia que, como vehículo de transformación social, tiene lo que se realiza por pacto directo entre los interesados en un mismo problema. Dichas realizaciones abundan, sobre todo, en muchos pueblos españoles desconocidos e ignorados, de reducido censo de población. Todo ello, tomado globalmente o por fracciones, constituye, a mi juicio, la estampa viva del alma popular; es lo que podríamos llamar vida íntima y fecunda de la España vecinal.

Narrar alguno de estos casos que tanto abundan en la vida rural española, nos ha parecido labor positiva y necesaria. Así, pues, trataré de perfilar en estas líneas, de la forma más sucinta y verídica posible, la estampa de la vida vecinal de un pueblo de Aragón, la cual conozco perfectamente por tratarse de mi pueblo natal.

Monegrillo —pues este es el pueblo a que me refiero— es nombre diminutivo, llevado al singular, de Monegros a cuya comarca pertenece. Este nombre le fué dado a causa de la negrura que en otros tiempos tuvieron sus montes, poblados de denso arbolado. Montes negros era el nombre original de dicha comarca, de lo que derivó el apelativo de Monegros y se obtuvo el diminutivo de Monegrillo. Si actualmente hubiéramos de volver a bautizar pueblo y comarca ateniéndonos al colorido de sus montes, tendríamos que llamar a ésta última Monblancos y Monblanquillo al primero; tal es el aspecto blanquecino y desolador que aquellos ofrecen, debido a la destrucción del arbolado ejecutada por la mano despiadada, y a veces inconsciente, del hombre al correr de los tiempos. Pero va siendo hora de que pongamos fin a estas disquisiciones etimológicas sobre el nombre y nos aprestamos a describir, en breves líneas, la configuración geográfica del pueblo, así como algunas de las características particulares que ofrece, para mejor comprender los hechos que queremos referir.

Monegrillo, pueblo de la provincia de Zaragoza —a unos 35 kilómetros de dicha ciudad— está situado en la vertiente sur de una de las estribaciones de la Sierra de Alcubierre. El término municipal se

extiende sobre unos 8 ó 10 kilómetros alrededor del lugar donde se encuentra enclavado el vetusto caserío de configuración redonda. Los montes están surcados por amplios valles que, desde la Sierra de Alcubierre, van diluyéndose en planicies extensas hacia el Ebro, cuyas aguas, con susurro permanente, cual coloquio sentencioso de vieja hechicera, discurren lánguidas e imperturbables a unos 10 kilómetros del término por el lado más cercano. Sus tierras son áridas, en el fondo de los valles sobre todo, y un poco más suaves y frescas en los altiplanos situados entre valle y valle. La densidad de su población es de unos 800 habitantes, la mayor parte de los cuales estaban al servicio de un gran terrateniente bajo cuyo cacicato se encontraba el pueblo. A él pertenecía más de la mitad de la propiedad privada y un tercio de la vivienda del citado pueblo. La mitad de las tierras del término municipal eran montes comunales dedicados al pastoreo, de cuyo usufructo se beneficiaba el cacique mayor, y otros caciques más pequeños, únicos propietarios de ganado. Antes del 1929, gran parte de la propiedad individual también era dedicada al pastoreo, y permanecía inculta, debido a las pocas familias que podían dedicarse al cultivo intenso.

La sequía, producida por la despoblación forestal, la langosta, el caciquismo rural y la falta de comunicaciones, fueron y son las peores plagas que se han abatido sobre aquellas tierras, riquísimas en el fondo, a condición de procurarles un régimen de lluvia más elevado del que tienen o posibilitar el riego, cosa que cedería mediante la construcción de una bifurcación del canal del Alto Aragón. Con un solo riego al año hay seguridad de cosechar abundantes cereales y de excelente calidad.

La calidad esteparia del suelo y la falta de comunicaciones ha sido quizás, en este como en todos los pueblos que se encuentran en análogas condiciones, el factor más influyente en la concentración de la propiedad. Por tal motivo, conocedores de las causas que engendraban su privilegio, siempre se opusieron los grandes terratenientes a la construcción de vías de comunicación, a pesar de que en tiempo de elecciones el candidato que los reprentaba ofreciese, no sólo la pronta construcción de las carreteras en permanente proyecto, sino que también la del puente, aunque no hubiese río. Ni siquiera se tomaban la molestia de percatarse de ello, ya sólo fuese para no hacer el ridículo. En cuanto a los propietarios, aunque no despreciaban el uso de los medios de locomoción modernos, preferían utilizar en su feudo el caballo y el carruaje al automóvil y el ferrocarril. Todo, menos permitir que se construyesen vías de comunicación.

Con tales antecedentes, ante tales perspectivas, seguro es que el perspicaz lector debe pensar que en



tal ambiente no había posibilidad de desenvolvimiento sin someterse a la voluntad y a los caprichos caciquiles. Juicio certero, en efecto, pero la sumisión no es siempre mansedumbre, no es prueba irrefutable de que se acepte de buen grado. Tal era el caso del pueblo que nos ocupa.

Ya en los inicios del siglo XX se constituyó en Monegrillo un sindicato agrícola bajo los auspicios y la orientación de Don José Borrueu —el «maestro de Lanaja»— que era uno de los discípulos más preclaros del insigne polígrafo Joaquín Costa. El principal objetivo de este sindicato era, además de posibilitar la defensa de los obreros contra las exigencias patronales, procurar a cada una de las familias del pueblo una parcela de terreno en la que poder plantar viña o cultivar cereales. Ello podía lograrse mediante la roturación de una partida de monte comunal. Y fueron tan convincentes las razones aportadas por Borrueu, fué tan firme la convicción que mostró al defenderlas, tan clarividentes y certeros los consejos en cuanto a la acción a desarrollar, que poco tiempo después el monte fué roturado, las parcelas hechas, las viñas plantadas. Los caciques monegrillenses sufrieron la primera derrota a pesar de que las fuerzas coercitivas del Estado acudieron en defensa de sus intereses. Nadie pudo detener aquella avalancha popular, cuando, el pueblo entero, imitando la gesta de Fuenteovejuna, se decidió a actuar de forma viril, aunque sin violencias.

Desgraciadamente, confirmando el pensamiento de Ganivet, según el cual los españoles somos capaces de hacer grandes conquistas pero incapaces de conservarlas, la que nos ocupa no pudo ser mantenida por mucho tiempo. Las amenazas del cacique hicieron pronto mella en los timoratos y empezaron las defecaciones, bien por servicios debidos, bien por ventas vergonzosas y deshonestas. La filoxera atacó las viñas en el mismo período y fué una aliada casual pero de gran utilidad para la burguesía. Y el pueblo sufrió, a su vez, la primera derrota, quedando malogrado el intento constructivo y emancipador que con insuperable ímpetu iniciara.

El Estado tomó entonces posición pública declarando ilegal la ocupación del monte. Las represalias contra el espíritu comunalista no se hicieron esperar. Una de ellas, la más chocante —por lo generalizada—, consistió en prohibir la costumbre ancestral de juntar todas las cabras de los vecinos del pueblo en determinado lugar, donde las recogía el pastor comunal, para llevarlas a pacer al monte, comunal también.

La socarronería popular, el ejercicio de la crítica mediante la canción y el chiste, tan propia en los españoles, se vengó y se burló de las antedichas medidas represivas y por todas partes se oía entonar, entre otras, las siguientes canciones:

En Monegrillo, señores,  
suceden cosas muy raras,  
nos han quitado las viñas,  
nos han quitado las cabras.

Quando vienen elecciones  
se nos pide ir a votar  
por un traguico de vino  
por un pedacico de pan.

Y si pedimos trabajo,  
tierra propia y carreteras,  
se nos contesta diciendo  
que vayamos a la m....

Pero el ejercicio de la crítica no bastaba a aquellos campesinos, que son realistas por excelencia. Había que volver al ataque para sacudir el yugo del cacique y procurarse un desenvolvimiento de vida independiente. Y, tras haber observado un compás de espera largo de cuatro lustros, algunos elementos inquietos consiguieron reconstituir el sindicato agrícola. Este no tenía colorido político. El hecho acontecía en las postrimerías de la dictadura primorriverista.

Ocurrió entonces que algunos industriales y tratanes en caballerías ofrecieron ventas a crédito lo que permitió adquirir mulos y útiles de labranza, facilitando los designios de aquellos rebeldes en potencia, dispuestos a probar que también lo eran en esencia. Una noche se adoptó el acuerdo de ir a roturar el monte comunal. Y dicho y hecho. Al día siguiente, todos los que se habían concertado para llevar a cabo aquel plan, salían con sus yuntas hacia direcciones distintas, dispuestos a tomar la parte que les correspondía en el disfrute de la propiedad comunal.

El Estado, a instancias de los caciques, intentó oponerse con sus fuerzas represivas a la acción directa aplicada por los labradores. Nada consiguió. Tampoco se ocasionaron disturbios ni violencias. Los campesinos monegrillenses, convencidos de que el arma más eficaz e incisiva contra la autoridad es la **desobediencia**, salían al campo dispuestos a todo, menos a justificar con su actitud una represión sangrienta. Ya perderían continencia los leguleyos y los esbirros de la autoridad ante la serenidad imperturbable y la perseverancia del pueblo. Y así fué.

Muchas veces, los campesinos habían de volver con sus yuntas al caserío escoltados por la guardia civil que, aplicando una muy singular jurisprudencia municipal encarcelaban el arado, no al arador. Pero inmediatamente, con tozudez aragonesa éstos volvían de nuevo y a distinto lugar, a arar los campos incultos.

Ni la fuerza pública ni las intrigas de la burguesía pudieron nada contra la avalancha popular que, sin alborotos y con perseverancia tomaba posesión de sus derechos, cumpliendo un deber social. Hubo que dejar hacer. Al llegar la República no tuvo más remedio que dar estado legal a la conquista directa realizado por el pueblo, conquista que aún hoy, bajo el régimen franquista, es respetada y considerada como cosa inamovible, inviolable.

El pueblo no ha estado más a la merced de los caprichos del cacique. Aquella acción se ha revelado saludable y es digna de estímulo. Es ésta una conquista, por propio impulso de los interesados, de las que Alaiz llamaría sin vuelta atrás. Producto de la firmeza en los propósitos, utilizando el arma terrible y eficaz de la **DESOBEDIENCIA** es, además, el reflejo exacto del carácter y la esencia de la vida vecinal en muchos pueblos de España.

J. BORRAZ



# Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana

(Continuación)

## SEGUNDA PARTE

### Periódicos clandestinos publicados para Italia y en Italia

249. «Lotta Anarchica». Edición para Italia. París. Lleva como subtítulo «Por la insurrección armada contra el fascismo». Esta edición especial del periódico anarquista parisino inicia su publicación en junio del 1930, en pequeño formato, a tres columnas, en papel fino y con 2 ó 4 páginas, a objeto de poder ser enviadas en sobres, como carta corriente. Deja de publicarse en marzo del 1931. Lleva como única indicación: «Imprenta de «Lotta Anarchica», París».
250. «Ai Lavoratori d'Italia». Milano. Octubre del 1954. En pequeño formato, como folleto, a 4 páginas. Es el programa de los sindicalistas revolucionarios de la ex-Union Sindical Italiana, por una «República Socialista de los Sindicatos» y es firmado: «Los sindicalistas revolucionarios de Italia». Redactor: Aliprando Giovanetti. Es singular que este opúsculo más bien que periódico, haya sido impreso clandestinamente en la propia imprenta del periódico máximo del fascismo, dirigido por Mussolini: «Il Popolo d'Italia».
251. «Fronte Unico dei Lavoratori». Preliminari del nostro Programma. Más bien folleto que periódico, con 12 páginas, publicado en el 1943 en Romagna de acuerdo con los anarquistas de Génova y de Florencia en la que, entre otros, se hallaban presentes: Pasquale Binazzi, Bocconi, Grazzini, Puzzoli, Sartini, etc.
252. «L'Adunata dei Libertari». Organo de la F.A.I. Milano. Año I. N° 1. Italia. 18 de Junio 1944. Pequeño formato, dos páginas a tres columnas. Redactor: Pietro Bruzzi. Poco después éste fué detenido y fusilado por los nazi-fascistas de Legnano, lugar cercano a Milán.
253. «Il Comunista Libertario». Milán. Organo de la Federación Comunista Libertaria Italiana. Año I. N° 1. Diciembre 1944. Pequeño formato, cuatro páginas a tres columnas. Su segundo número aparece en marzo del 1945 y luego aparece regularmente hasta abril del 1945 en que se produce la expulsión de los nazifascistas.
254. «L'Azione Libertaria». Milán. Aparecen cinco números entre agosto y septiembre del 1944. Pequeño formato y a tres columnas, como la mayoría de los periódicos clandestinos que por aquellos tiempos se publicaban en Italia.
255. «Rivoluzione». Organo de la «Liga de los Consejos Revolucionarios». Milán. El primer número, a título especial, aparece en una sola hoja, a tres columnas, en diciembre del 1944 y contiene el «Programa de la Liga de los Consejos Revolucionarios». Este organismo se hallaba integrado por comunistas disidentes (alguno a vuelto luego al Partido) y en su gran parte por anarquistas y simpatizantes. En febrero del 1945 aparece su segundo número. Redactor: Mario Perelli.
256. «Era Nuova». Vocero de los Comunistas Libertarios. Turín. Su primer número, de octubre del 1944 es de pequeño formato, cuatro páginas a dos columnas. El segundo es de noviembre del 1944 y el tercero de marzo del 1945. Redactores: Fioravanti Meniconi, Dante Armanetti, Antonio Garino e Italo Garinei.
257. «L'Adunata dei Refrattari». New York. El periódico anarquista neoyorkino lanzó algunos suplementos; hacia fines del 1944, impresos en papel fino especial, a ocho páginas de dos columnas y formato pequeño, al objeto de repartirlo en Italia. Se confiaba sobre todo a soldados americanos simpatizantes; las autoridades americanas castigaban severamente a sus distribuidores. El número 1 corresponde al 1 de noviembre del 1944, el número 2 al 1 de diciembre y el número 3 al 15 de marzo del 1945.
258. «Umanità Nova». Diario anarquista. Génova. Se publicó un poco antes de iniciarse la insurrección, como contribución a su preparación. Lleva la fecha del 22 de abril del 1945. Pequeño formato, cuatro páginas a tres columnas. Continúa la numeración (aunque con error) de la vieja «Umanità Nova» que aparecía como diario en Milán-Roma, indicando Año V, número 398.
259. «Aufbruch». Offiziere, Unteroffiziere und Manschaften der Deutschen Wehrmacht. Milán. Llamamiento redactado en alemán y dirigido por los anarquistas de Milán en marzo del 1945.
260. «Umanità Nova». Diario anarquista. Florencia. Continúa con la vieja numeración de la vieja «Umanità Nova» diario: Año IV. Número 345. Comienza a publicarse en septiembre del 1944. El 28 de febrero del 1945 aparece otro número, siempre en pequeño formato, a cuatro páginas y tres columnas. En abril aparece un tercer número llevando en la cabecera la mención «Edición Florentina» y anunciando que ha sido constituida la Federación Anarquista Italiana. Esto no era del todo exacto ya que la F.A. Italiana se constituyó en Carrara en septiembre del 1945. A decir verdad esta serie de publicaciones Florentinas publicados al inmediato de la llamada «liberación» no son clandestinos, si no más bien «ilegales».
261. «Brochures du «REVEIL». Quelque part en Suisse. Inicia su publicación mensual en septiembre del 1940, cuando las autoridades suizas suspenden la publicación regular de «Il Risveglio» («Le Réveil»). Se presentan bajo la forma de pequeños folletos de 16 páginas los que, cambiando cada vez de título aparecen con una regularidad sorprendente hasta diciembre del 1946, llegando hasta el número 147. A partir de marzo del 1945, estos folletos, aún publicándose de la misma manera, comienzan a llevar la indicación de la dirección de su editor: Luigi Bertoni, 6, rue Savoises, Genève. A partir de septiembre del 1945 llevan en su tapa la inscripción: «Le Reveil Anarchiste» — «Il Risveglio Anarchico». Formato 17 x 12.

UGO FEDELI

(Continuará.)

Société Générale d'Impression, 61, rue des Amidonniers.—Le Gérant : Etienne GUILLEMAU, Toulouse (Hte-Gne.)



# SERVICIO DE LIBRERIA DEL MOVIMIENTO

## COLECCION «CLASICOS EBRO»

La colección más apta para la enseñanza secundaria y universitaria. Todos los volúmenes contienen unas 150 páginas con ilustraciones. Cada tomo ha sido seleccionado por un autorizado catedrático o bibliotecario, lleva abundantes notas y va precedido de un estudio sobre el autor y su obra, de una «Noticia biográfica» y de un artículo sobre el «Momento histórico» en que vivió el autor. Precio de cada volumen: 170 francos.

- Tirso de Molina: EL CONDENADO POR DESCONFIADO (teatro).  
Lope de Vega: POESIA LIRICA (verso).  
Juan de Mariana: HISTORIA DE ESPAÑA (prosa).  
Fray Luis de León: POESIA (verso).  
J. Ruiz de Alarcón: LA VERDAD SOSPECHOSA (teatro).  
Don Juan Manuel: EL CONDE DE LUCANOR (prosa).  
Varios: ESCRITORES DE INDIAS, I (prosa).  
Los Manrique (poetas): ANTOLOGIA (verso).  
Varios: ROMANCES VIEJOS (verso).  
M. de Cervantes: RINCONETE. LA ILUSTRE FREGONA (prosa).  
Luis de Góngora: POESIA (verso).  
Santillana y Mena: POESIA (verso).  
Calderón de la Barca: LA VIDA ES SUEÑO (teatro).  
Guzmán y Pulgar: GENERACIONES Y CLAROS BARONES (prosa).  
Calderón de la Barca: AUTOS SACRAMENTALES (teatro).  
Guillén de Castro: LAS MOCEDADES DEL CID (teatro).  
B. Juan de Avila: EPISTOLARIO (prosa).  
Juan de Valdés: DIALOGO DE LA LENGUA (prosa).  
Juan de la Encina: PLACIDA Y VICTORIANO (teatro).  
Varios: ANTOLOGIA DE LA POESIA ROMANTICA, I (verso).  
Varios: ANTOLOGIA DE LA POESIA ROMANTICA, II (verso).  
Arcipreste de Hita: LIBRO DEL BUEN AMOR (verso).  
M. de Cervantes: LICENCIADO VIDRIERA Y COLOQUIO DE LOS PERROS (prosa).  
Anónimo: EL LAZARILLO DE TORMES (prosa).  
Varios: ESCRITORES DE INDIAS, II (prosa).  
Anónimo: EL POEMA DEL CID (verso).  
Gonzalo de Berceo: MILAGROS DE NUESTRA SEÑORA (verso).  
Lope de Vega: EL CABALLERO DE OLMEDO (teatro).  
P. J. Feijóo: DISCURSOS Y CARTAS (prosa).  
A. Moreto: EL LINDO DON DIEGO (teatro).  
G. M. De Jovellanos: OBRAS SELECTAS (prosa).  
J. de Cadalso: CARTAS MARRUECAS (prosa).  
Varios: POEMAS LIRICOS DEL SIGLO XVIII, I (verso).  
Varios: POEMAS LIRICOS DEL SIGLO XVIII, II (verso).  
Santa Teresa de Jesús: PROSA ESCOGIDA (prosa).  
Garcilaso de la Vega: POESIA (verso).  
Don Ramón de la Cruz: SAINETES (teatro).  
José de Espronceda: POESIA (verso).  
Leandro F. de Moratin: EL SI DE LAS NIÑAS (teatro).  
F. de Quevedo: LA VIDA DEL BUSCON (prosa).  
Mira de Amescua: EL ESCLAVO DEL DEMONIO (teatro).

Pedidos a Roque Llop: 24, rue Sainte-Marthe, Paris (X<sup>e</sup>),  
C.G.P. 4308-09.



# HA SALIDO EL III TOMO DE "La C. N. T. en la Revolución española"

por José PEIRATS

Esta obra no puede faltar en la biblioteca de ningún hombre estudioso y amante de la cultura. Todos, afiliados a la C. N. T. o no, pero espíritus inquietos y deseosos de conocer la historia de la gesta popular más trascendental del siglo XX, han de leer «La C. N. T. en la Revolución Española», libro escrito con profundo objetividad y con la más escrupulosa honradez de historiador, acumulando documentos y datos inéditos y fidedignos.

Aquellos que no hayan adquirido todavía el III tomo, deben apresurarse a pedirlo, a fin de que no se encuentren faltados de la obra completa.

Para ilustración de nuestros lectores, damos a continuación los títulos generales de los capítulos de que se compone el tomo III, ya puesto a la venta.

Capítulo XXVII. — El Pleno Económico de Valencia.

Capítulo XXVIII. — La Nueva Plataforma Sindical.

Capítulo XXIX. — De la victoria de Teruel al desastre de Aragón.

Capítulo XXX. — La crisis interna del Movimiento Libertario.

Capítulo XXXI. — La crisis de agosto y la batalla del Ebro.

Capítulo XXXII. — La política franquista.

Capítulo XXXIII. — La incautación estatal de las industrias de guerra.

Capítulo XXXIV. — Los libertarios en la guerra.

Capítulo XXXV. — El terror en los frentes.

Capítulo XXXVI. — El terror en la retaguardia.

Capítulo XXXVII. — Del Pleno de Octubre a la pérdida de Cataluña.

Capítulo XXXVIII. — El último baluarte.

Capítulo XXXIX. — ¡Ay del vencido!

Precio del volumen: 750 francos. Diez por ciento de descuento a partir del pedido de 5 ejemplares.

Pedidos: Administración del Libro, 4, rue Belfort, TOULOUSE (H.-G.).

